

# PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: San Sebastián. :: Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

**40 céntimos.**  
 AÑO I.—NÚMERO 22  
 19 JULIO 1925





# CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS  
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

## CURIOSIDADES

### LA CAZA DEL HIPOPÓTAMO

Los antiguos llamaban al hipopótamo «caballo marino». Se encuentran estos animales en las regiones tórridas del continente africano. Habitan algunos en las riberas del Nilo.

La forma del hipopótamo es fea, burda, y su vientre es tan voluminoso que le arrastra. Este animal puede permanecer mucho tiempo bajo el agua, y no necesita reaparecer en la superficie para respirar más que muy de tarde en tarde. En vez de ser peligroso, el hipopótamo es un animal, en casi todas las ocasiones, de un natural pacífico, agradabilísimo.

Se llamaron «caballos marinos» en atención al grito natural del hipopótamo, muy parecido al relincho de los caballos. Es muy buena la carne del hipopótamo. Pero no es por la carne precisamente por lo que se desea cazar hipopótamos. Es precisamente por sus huesos, es decir, por sus dientes. Estos suministran un bello marfil, que luego sirve para la fabricación de dientes artificiales. También la piel, la gruesísima piel del hipopótamo, tiene en la industria numerosas aplicaciones.

La caza de este animal no puede hacerse con fusil. El hipopótamo, como queda dicho, tiene una piel durísima. Una bala de fusil o de mauser tan solo le haría un ligero rasguño. Sería preciso para matar un hipopótamo con un arma de fuego acertarle en los ojos o, en último caso, en la parte inferior del vientre. Esto es tanto más difícil cuanto el animal, cuando se ve acorralado, procura sumergirse en el agua y no sacar para respirar más que el extremo de su boca.

Por esto tienen los indígenas un procedimiento sencillo y seguro, que no necesita el empleo de aquellas armas. Conocido el camino frecuentado por el hipopótamo hacen un pozo, cuya boca recubren, para ocultarla, con ramas y piedras. El hipopótamo, como tal hipopótamo, cae en la trampa, es decir, en el pozo, y una vez en éste, ya prisionero, le matan, no sin antes ensayar con él todos los procedimientos de tortura. Incluso le chillan llamándole despiadadamente: «¡hipopótamo, hipopótamo!».





# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación).

—¿Quién sois?  
—¡Ingleses! —respondió al punto Cabeza de Piedra, que hablaba maravillosamente la lengua de los orgullosos isleños, dominadores de todos los mares, según ellos.  
—¿Enviados de quién?  
—De Burgoyne.  
—¿Ha llegado ya el almirante?  
—Se ha detenido en el salto del Lobo por no atreverse a seguir con esta oscuridad. Sus naves son de mucho calado y no cree conveniente exponerlas a tocar en los escollos.  
—¿Está ya el marqués con el almirante?  
—¿El marqués...? —gritó Cabeza de Piedra—. No lo hemos visto.  
—Esta mañana ha partido.  
—¿Para reunirse a nosotros?  
—Sí; hemos encallado, y con otro huracán nuestro bergantín se irá al demonio—repuso el inglés—. Nos urgía socorro, y el marqués se embarcó en la chalupa mayor con veinte hombres.  
—¿Pero si no lo hemos visto...  
—Se habrá detenido en algún sitio para reparar averías.  
Cabeza de Piedra dejó escapar un rugido. El marqués se le escapaba cuando más seguro creía sorprenderlo con su bergantín... ¡Era demasiado! El viejo bretón estallaba de rabia.  
—¡Echad las escalas! —gritó—. Registraremos el buque. ¡Quizás lo hayáis asesinado!...  
—¿Atrevemos a tocar al lord?... ¡Somos marineros fieles nosotros, escoceses todos!  
—¡Arrojad las escalas!...  
—Despacio, señor mío —dijo el inglés—. Venis con barcas repletas de indios. ¿Por qué no tripuláis chalupas?  
—Porque no nos hubieran servido en los bajos fondos.  
—Entonces, volved mañana, cuando se os vea bien. No debo creer en vuestras palabras, por ahora al menos.  
—¡Por cien mil fragatas destrozadas!... —rugió Cabeza de Piedra hecho un basilisco—. ¿No queréis recibimos a bordo?  
—No; esta noche, no —respondió el inglés con voz firme.  
—Entonces, os abordaremos.  
—Tenemos cañones y sabremos defendernos. Aun somos cincuenta aquí en este trasto. Volved hacia la costa, o mando hacer fuego.  
—Demasiado tarde, querido...  
Y volviéndose a sus trescientos guerreros ordenó con voz estentórea:  
—¡Arriba..., al abordaje...! ¡Abrid las filas!  
—¡A las armas! —había gritado por su parte el inglés—. ¡Fuego la batería de babor! ¡A la cubierta los fusileros...!  
Las veinte barcas atacantes, rápidas como el rayo, abrieron sus filas para escapar mejor a la metralla, y enfilaron rápidas hacia el bergantín. Los guerreros entonaron su himno de guerra, que resonaba siniestramente en la tenebrosa noche.  
—¡Avante..., avante...! —gritaba a cada momento Cabeza de Piedra—. Dadme una prueba de vuestro valor.  
Dos cañonazos partieron del bergantín, seguidos de una nutrida descarga de carabinas. Tres de las barcas, alcanzadas de lleno por la metralla, se deshicieron como papel mascado y desaparecieron bajo las aguas, dejando sobre la superficie algunas brizas de revestimiento interior. Pero las tripulaciones respectivas, aun cuando tuvieran muchos heridos, ganaron a nado las otras barcas, poniéndose en salvo.  
Los ingleses habían tardado mucho en hacer uso de sus cañones. Apenas habían podido hacer aquellos dos primeros disparos, cuando la flotilla asaltante rodeó el bergantín. Con algunas descargas, Cabeza de Piedra obligó a los fusileros a refugiarse en las baterías, y aprovechando una escala de cuerda pendiente de una arboladura derribada y sujeta de una grúa, trepó rápidamente por ella y saltó la mura, seguido de Petifoque, Ulric y Mancha de Sangre. Los indios habían puesto pie en los escollos y subían al abordaje, aullando y blandiendo desesperadamente sus hachas de guerra. En un momento la tolva se vió llena de gente.

—¡Por vida de una pipa rota...! —clamó Cabeza de Piedra—. Tienen redañas mis guerreros. Ni los cañones los hacen retroceder.

La escotilla central, la de proa y la del pañol estaban cerradas; los ingleses se habían hecho fuertes en el interior del bergantín, atrancando por dentro los portillos a fin de impedir el paso al enemigo. Los mandanos corrían por el puente aullando y agitando sus armas, inflamados en belicoso ardor, saboreando de antemano el placer de escalar a los ingleses y saquear de paso las provisiones del navío. Sin embargo, fácilmente se echaba de ver su desconcierto al no hallar a sus adversarios por parte alguna; pero allí estaba Cabeza de Piedra con sus compañeros, prontos a obrar con energía.

—¡Por todos los campanarios de Bretaña! —aulló—. Los ingleses se han metido en su agujero como viejos zorros azules... Pero no se escaparán, ¿eh, Petifoque?

—Echemos abajo los portillos de las escotillas —dijo el joven gaviero.

—Son fuertes como si fuesen de hierro.

—Tenemos sólidas hachas.

—Verdad es, hijo mío.

—Patre, ¿qué haser? —preguntó Ulric, en tanto que los indios seguían gritando y lanzando, en su lengua, imprecaciones y amenazas a sus enemigos ocultos.

Cabeza de Piedra se mordía los puños, presa de furiosa cólera.

—La captura del bergantín y de los tripulantes que en él quedan no me importa ya —rugió—, sabiendo que el marqués ha podido huir en la chalupa mayor. ¡Por vida de mi benemérita pipa...! ¡Con qué placer hubiera pillado al bribón del lord y le hubiera metido en una jaula, como a una fiera, para hacer un buen regalo al capitán de nuestra pobre *Tonante*...!

—Ya le echaremos mano, maestre; no temas —dijo Petifoque.

—¡Toda mi vida habría de permanecer *sakem*, renunciando a volver a ver mi querida Bretaña, y aguantaría a todas esas brujonas de mujeres anejas al cargo... si no me quedara la esperanza de atrapar, un día no lejano, a ese maldito milord!

En aquel momento un estampido repercutió en los aires.

—¡Otro cañonazo! —exclamó el joven gaviero.

—Cañón de veintiocho, querido —respondió el maestre, esforzándose en atravesar con la mirada, a lo largo del lago, el espeso velo de oscuridad y nieblas que cubría el Champlain.

—¿Inglés, no?

—En efecto.

—¿Será ya flotilla del general Burgoyne, maestre Cabeza de Piedra?

—Me lo temo.

—¡Maldición!... ¿Si estará aquí el barón a la cabeza de los navíos?

—Mejor sería, si tuviéramos aquí la difunta *Tonante*, con sus excelentes piezas de caza.

—Vanos deseos, querido.

—¡Por mi pipa de familia, bien lo sé!...

En aquel momento estallaron en la cubierta del bergantín nuevos gritos ensordecedores, que provenían de los mandanos, enfurecidos por la desaparición de los marineros ingleses.

—¡Ohé! ¿Qué diablos les pasa ahora? —preguntó Cabeza de Piedra.

—Patre —repuso Ulric—, los mantanos haper testosato los portillos.

—¡Ah...!

—Y haper infatito la poteca tel percantin.

—¡Desgraciados! Los arcabuces ingleses darán buena cuenta de ellos, pues los marineros estarán seguramente fortificados en la batería. ¿Dónde está Mancha de Sangre?

—Se ha puesto al frente de los indios y con ellos está en el fondo de la nave —dijo Petifoque—. Lo acabo de ver a la luz que salía de aquel escotillón.

—¡Por cien mil fragatas, a la bolinal!... —vociferó el maestre—, que no se diga nunca que Cabeza de Piedra ha dejado que un man-



dano le tome la delantera. ¡A mí, gaviero; a mí, Ulric, empuñad las armas; vamos a hacer una mermelada de ingleses!...

Aullidos espantosos, seguidos de descargas de fusilería y de choques de armas, hicieron eco a las voces del viejo cañonero. En la batería del bergantín se había empeñado una lucha furiosa entre indios e ingleses. Las muras interiores devolvían los sonidos como las paredes de una caja armónica. A los gritos guturales de los mandanos se mezclaban los rugidos, juramentos y amenazas de los marineros ingleses.

Cabeza de Piedra, con Petifoque y el hessiano, iba a precipitarse a la bodega para tomar parte en el combate, cuando detúvose repentinamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Petifoque.

—¿No habéis oído nada vosotros? —repuso el maestre.

—Yo no.

—Ni yo tampoco.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Hubiera jurado que alguien me llamaba desde el lago.

—¡Diantre!... ¿Acaso te figuras que los peces del Champlain han aprendido tu nombre? —dijo Petifoque, siempre dispuesto a chancarse del viejo bretón.

—¿Hay papagayos en el Pouliguen? —chilló el maestre.

Alguno que otro... —respondió riendo el gaviero.

—Entonces es que antes de salir de tu pueblo has robado la lengua a uno de ellos y te has hecho una que no puede estar parada, hasta que cualquier día...

Interrumpióse para prestar atención. Esta vez, entre el rumor de las olas del lago y los clamores que provenían del interior del barco, llegó distintamente a los oídos de los tres hombres una voz:

—¡Cabeza de Piedra...! ¡Cabeza de Piedra...!

—¡Con cien mil diablos...! a mí me llaman!

—Es fertat, maestre —dijo Ulric.

No cabe duda —confirmó Petifoque—, y comienzo a creer que soy un bestia...

—Tampien yo pestia, tampien yo... —repitió el hessiano, en conmovedora solidaridad con el joven marinero.

En tanto, el maestre, olvidándose de indios e ingleses, muy ocupados en destrozarse mutuamente, se había precipitado hacia la mura de estribor, estirando el cuello y dirigiendo su mirada a la negrura.

—¡Ohé! ¿quién me llama? —clamó con voz de trueno—. ¡Cabeza de Piedra soy yo...!

—¿Dónde estáis? —volvió a oírse la voz.

—En el bergantín inglés.

—¡Venid al punto, maestre!

—¡Diablo! —murmuró Cabeza de Piedra—. Esa voz de hombre no me es desconocida.

—Ni a mí —dijo Petifoque.

—Se diría...

—La voz de Jor, el canadiense.

—¿Habrá encontrado Wolf y él al traficante, y los tres juntos vuelven al campamento?

—¿Y los iroqueses?

—He ahí el punto oscuro de toda esta Historia —masculló el viejo bretón, rascándose la cabeza con furia—. Si Riberac no ha conseguido convencer a esos pillastres de indios a fumar el *calumet* de la paz con mi tribu, te aseguro que mi cargo de *sakem* está corriendo un serio peligro.

—Y no digamos las trece mujeres —dijo el incorregible gaviero.

—¡Calla, mozo del Pouliguen, que no es hora de chanzas! Mi dignidad de *sakem* y el poderío de la tribu que me obedece son cosas necesarias para el éxito de nuestra expedición.

—Es verdad; perdóname, maestre.

—Estás perdonado. Piensa, hijo mío, que sólo con la escolta de los mandanos y con su flotilla de barcas podremos llegar al fuerte de Ticonderoga y evadir un encuentro con la escuadra del general Burgoyne.

—Que, por cierto, aún no se ve...

—Pero se oye... Escucha...

Un nuevo cañonazo retumbó en el lago, más sonoro que los precedentes, lo que indicaba que las naves se aproximaban poco a poco, pero sin detenerse, en constante lucha con las ondas y el viento contrarios.

—¡Cabeza de Piedra! —gritó la voz de antes, más próxima.

—Jor es, sin duda —exclamó el maestre.

—¡Sí; es Jor! —repitió alguien al costado del bergantín, en el lago.

Al oír aquella especie de eco, los tres amigos se estremecieron. Este que ha hablado es el secretario del marqués —dijo Cabeza de Piedra.

—Rayos, pues ¿de dónde sale?

—¡Per todos los campanarios de Bretaña, apuesto mi famosa pipa contra una botella de vino peleón a que el muy cobarde está escondido en el fondo de una barca arrimada al bergantín!

—¿Qué queréis, maestre? —repuso humildemente el secretario—. Yo no soy hombre de guerra...

—¿Por qué no os habéis quedado en el campamento?

—Me habéis conducido con vosotros contra mi voluntad...

—¡Ah, sí; lo había olvidado!

—¿Habéis terminado ya con los ingleses?

—Me parece que mis bravos mandanos están haciendo ahora colección de cabelleras.

En efecto, la lucha en el interior del bergantín parecía haber acabado, y por cierto con la peor parte para los marineros ingle-

ses. Los indios estarían, sin duda, ocupados en escalar a muertos, heridos y prisioneros, y en saquear despensa, camarotes y paños. El bergantín se hallaba materialmente invadido por aquella legión de diablos enfurecidos, que no habían oído los cañonazos de las naves inglesas, o al menos no pensaban que de aquello se tratara.

Cabeza de Piedra no se atrevía a tomar una decisión, pues comprendía que estaba aún muy reciente su investidura de *sakem* para tener ya autoridad suficiente a arrancar a sus guerreros del placer del saqueo. En sus vacilaciones, vinieron a sorprenderle estas palabras, pronunciadas a unas cuantas decenas de metros de la nave:

—¡Cabeza de Piedra, os juro que si no os embarcáis pronto con vuestros indios y tomáis tierra cuanto antes, estamos perdidos todos!...

## CAPÍTULO XII

### EL RELATO DE JOR

El viejo bretón se dió un gran puñetazo en la frente.

—¡Donosa aventura! —gritó—. Si Jor ha venido a advertirnos de algún peligro, no debemos perder tiempo, sino obedecerle. ¿Dónde está Mancha de Sangre?

—Con seguridad que está en la batería, entregándose al manejo del escalpelo.

—¡A las barcas en seguida! —gritó el maestre, asomándose a una de las escotillas del bergantín—. ¡Mancha de Sangre, mis bravos mandanos..., subid al instante, que regresamos al campamento...! ¡Es vuestro *sakem* blanco quien os lo ordena! ¡Nos amenaza a todos un gran peligro!

Gritos guturales de llamada hicieron eco a las palabras de Cabeza de Piedra, transmitiendo la orden del jefe. Por las escotillas comenzaron a salir los indios, con rostros alterados, torvos los ojos, repugnantes de sangre. Algunos sujetaban entre sus dientes una o dos cabelleras, y sobre sus hombros conducían sacos y envoltorios de objetos saqueados, o apretaban en sus manos armas cogidas a sus enemigos vencidos.

El lugarteniente Mancha de Sangre tenía cubierta de sangre la faz, al parecer de resultas de un culatazo; pero en su cinto colgaban como trofeos tres cabelleras, arrancadas de otros tantos cráneos ingleses con habilidad digna de un cirujano especialista.

—¡Por todos los campanarios de Bretaña! —masculló el maestre—. Son excelentes guerreros estos súbditos míos. Creo que de todos los pobres marineros del bergantín no han dejado uno vivo.

—Salvo los que huyeron con el marqués antes de nuestra llegada.

—¡Callate, Petifoque, que cuando me acuerdo de ese grandísimo pillo me dan ganas de tomar a fuerza de puños todos los campanarios del mundo!

—No quisiera yo ser el campanero.

—Ni uno solo habría de quedar en pie.

—¡Pataplúm...; ya los mató!

—¡Mozo maldito del Pouliguen, no te burles o...! Ahora no tengo tiempo, pero ya habrá ocasión de tirarte de las orejas.

—¡Ah, sí! Estás abusando de tu autoridad de *sakem*.

—Al palo del tormento te haré atar, si es preciso.

—¡Huy, qué miedo...!

Mientras aquellos diablos de hombres, en medio de tantos riesgos se complacían en chancearse como si estuviesen en la tolda de una fragata en puerto, los mandanos se apresuraron a tripular sus barcas, que rodeaban el dismantelado bergantín. El maestre los animaba con gestos enérgicos y juramentos de los suyos.

Cuando el puente del bergantín estuvo desembarazado, tomó asiento con sus dos compañeros en la barca que les trajo y en que aguardaba el bribón del secretario.

—¿Estamos todos? —gritó el bretón.

—Menos los que han muerto —repuso Petifoque.

—La guerra es la guerra y tiene sus necesidades, bien crueles por cierto. ¡Avante, fuerza en los remos y quiera Dios que podamos, a despecho de esta condenada oscuridad, encontrar a nuestro bravo canadiense. ¡Ohé, Jor! ¿Dónde estáis? ¡Chillad como un mono rojo para que vuestra voz nos sirva de... estrella polar...!

La flotilla de los mandanos se había puesto en movimiento, ganando el largo y enfilando prontamente hacia la desembocadura del río.

El canadiense oyó las voces de Cabeza de Piedra, dándole aquella rara recomendación.

—¡Aquí estoy! —gritó con todas sus fuerzas—. Dirigid hacia aquí vuestra barca para que salte en ella.

—¡Allá vamos, Jor! ¡Atención...!

En la oscuridad profundísima no era fácil maniobrar orientándose para evitar colisiones; pero Cabeza de Piedra, a más de un excelente cañonero, era un marino consumado, y dirigió la maniobra de subaraca en forma tal, que a poco la hizo tocar con la embarcación en que Jor se encontraba. El canadiense no esperó ser invitado para saltar al lado del bretón.

—Y decidme —le preguntó solícito el viejo maestre, sacudiéndole rudamente por los hombros—. Ya estáis de vuelta... ¿Habéis podido encontrar a Riberac?

—No.

—¡Por el burgo de Batz!... ¿Qué diablo le habrá pasado?

—Es un misterio...

—No me gustan los misterios. Prefiero las cosas cuanto más claras.

(Continuará en el número próximo.)



# PINOCHO DEPORTISTA

## CRÓNICA

### El delantero centro.

Con motivo de la formación de los equipos nacionales se ha discutido mucho cuál es el delantero centro ideal.

En el papel y en el campo la misión del delantero centro es el rematar los tantos. Ahora bien: que esto, tan cómodo de decir, es bastante más difícil de realizar.

En efecto: vemos en primer lugar que para rematar un balón hay que estar relativamente cerca de la red, y para llegar a esa distancia hay dos maneras típicas.

Una de ellas es mediante el pase largo de un medio o de un delantero a un extremo. La línea de ataque avanza rápida mientras el extremo corre el balón y centra, precipitándose todos, y especialmente el delantero centro, al remate.

El otro procedimiento es el del pase corto y avance llamado en triángulo.

El trío central del ataque avanza en triángulo, desmarcándose constantemente y pasando el balón al jugador desmarcado. Hasta llegar a encontrar ocasión de disparar el *chut* definitivo.

Este es el procedimiento de ataque de los equipos de la Europa Central y de los uruguayos en la Olimpiada.

Pues bien: en ambos casos queda demostrado que una de las condiciones necesarias para el puesto de delantero centro es ser un buen *chutador*.

Eso, bien que mal, lo pueden ser muchos jugadores que ocupen en sus equipos ese puesto. Y, por lo tanto, hay que elegir al jugador que además de poseer un buen *chut*, tenga el don del oportunismo (modelo, Errazquin), o un soberano remate de cabeza (modelo, Monjardín), y sobre todo sea un buen conductor de línea. No hay modelo definitivo.

El que un delantero centro sea un buen conductor de línea, además de un hábil *chutador*, tiene una importancia considerable. A un hombre que remata solo es muy fácil imposibilitarlo marcándole bien. A un buen conductor, si se le marca, pasará el balón a su compañero desmarcado, creando así un peligro inminente si la jugada se verifica cer-



ca de la meta. En España no hemos encontrado aún el perfecto delantero centro. Los que tienen unas condiciones carecen de otras, por lo cual esperamos que el delantero centro del equipo nacional, dentro de algunos años, salga de alguno de los equipos Pinocho, ya conscientes de su verdadera misión.

RAGDE.

## PINOCHO FORMA EQUIPOS

A pesar del verano seguimos recibiendo cartas de Pinochistas que desean jugar, y listas de equipos completos de fútbol.

Todos son aceptados por mí con entusiasmo, y ya pronto, en cada población española habrá, por lo menos, un equipo Pinocho.

Referente a los que aisladamente nos escriben diciéndonos su deseo de formar en nuestros equipos, hemos de decirles que quedan admitidos.

Aquí damos sus nombres y señas, y encargamos al Pinochista cuya carta llegó antes, de ir a visitar a los demás de la misma población, cuyas señas damos, y proponerles formar equipos, y una vez reunidos, entre ellos se distribuyen los puestos y se nombra capitán..., y ya está organizado.

Como veis, es sencillísimo.

En estos tres meses de verano, cuando los calores hacen que no sea sano el excederse en el juego del fútbol, vamos a terminar de organizarnos.

Escribidme, pues, todos los que queráis jugar o poneos de acuerdo con los Pinochistas de vuestra población y que ya escribieron (en nuestros números encontraréis las señas), e idos agrupando en equipos, elegid colores, nombre y escribidme para inscribiros.

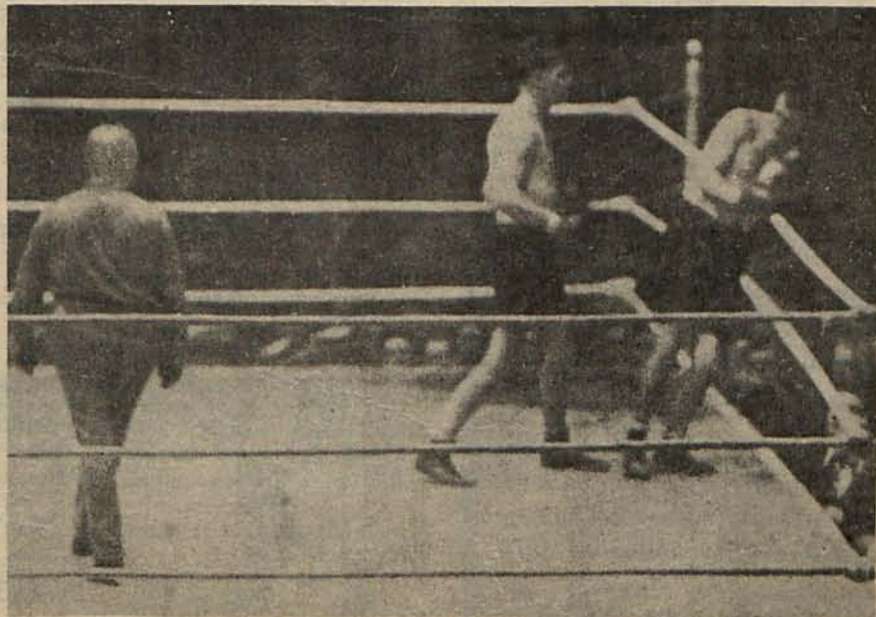
En la temporada próxima organizaremos los partidos que constituirán el campeonato de Pinocho.

Claro está que esto sucederá en los lugares en donde haya por lo menos dos equipos Pinocho, cosa que esperamos sea pronto corriente.

## Colaboración infantil.

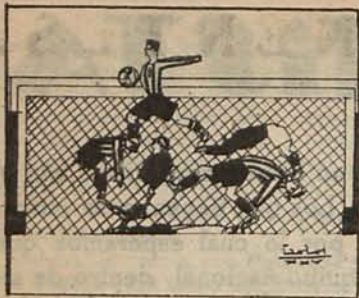
Todos los Pinochistas que queráis enviar crónicas o fotografías o dibujos deportivos seréis acogidos con cordialidad, como siempre, aquí.

No hace falta que me preguntéis si podéis enviar vuestro trabajo; enviadlo ya de hecho, y de no tener algún grave inconveniente lo daremos a la imprenta.



Gene Tunney y Tom Gibbons en el campo de Pelos, en Nueva York. En esta lucha venció Gene Tunney a Tom Gibbons en el 12 round por k. o., constando la lucha de 15 rounds a tres minutos. Por esta victoria, Gene Tunney adquiere el derecho a luchar con Dempsey.





Un bonito sexteto.

CARLOS GARCÍA.  
Madrid.

## Equipos de pequeños.

Como a vuestra edad es muy grande la diferencia física que hay entre los ocho y los catorce años, y recibiendo nosotros cartas de muchachos de esas dos edades, creemos conveniente dividir los equipos y los campeonatos en dos grupos: Uno, el corriente, en el que formarán los Pinochistas entre once y diez y seis años, y otro, de «pequeños», que estará formado por niños de menos de once años.

Así habrá cierta igualdad física en los partidos.

¿Quieres tú, pues, Jesús García Valdecasas, de nueve años, que vives en Prim, 16 (Madrid), encargarte del primer equipo de «pequeños» de Madrid?

Te recomiendo, por lo pronto, a Lorenzo Moret. Calle de Don Ramón de la Cruz, 11, que también es de los «pequeños».

Claro está que el niño de diez años cuyo desarrollo le haga aparentar más edad puede jugar, si quiere, con los equipos corrientes; se trata sólo de proteger a los más débiles.

## Equipos y jugadores.

### MADRID

El «Pinocho Sporting».—Capitán: Vicente Vera. Jugadores: Eugenio Pajares, Rufino Martínez, Julio Pérez, Eustaquio Paramio, Carlos Muñoz, Julio Medina, Camilo Rodríguez, Clodoaldo Herrero, Nereo Martín, Agustín López. Reservas: Luis Clemente, Luis Durán, Blas Sánchez.

Señas del capitán: Santa Engracia, 91.

Como los capitanes de los varios equipos ya sabéis vuestras señas respectivas, podéis, si queréis, concertar partidos amistosos, que os irán sirviendo de entrenamiento.



Muñagorri.

JULIO.—Madrid.

### BILBAO

El «Pinocho F. C. de Bilbao».—Capitán: Carlos Artaza. Portero: José Abarolo. Defensas: Arturo Galbarriatum y Paco Giráldez. Medios: Manuel Abarolo, Emilio Argote, Rafael Plaza. Delanteros: Luis Guinea, José Sarachaga, José Arcos, Carlos Artaza, Jesús Gil. ¡Os habéis olvidado las señas tuyas, capitán!

### SEVILLA

Carmelo García Selva. O'Donnell, 26.  
Antonio Ortiz. Laraña, 12.

## CORRESPONDENCIA

### SAN SEBASTIÁN

*Un ignorante.*—Vengan todas las fotos que quieras, hombre; así puede que aprendas.

Por nosotros no ha de quedar lo de nombrarte fotógrafo nuestro en San Sebastián.

Veremos si allí te dan facilidades para entrar en los campos; es de esperar que sí.

Saluda a la Concha de mi parte.

### BARCELONA

*Masferrer.*—¿Que si puedes formar equipos? Claro que sí; si no hacemos más que repetirlo hace cuatro números.

Vengan, vengan equipos. Estaremos encantados de tener equipos de Barcelona y su región, para ver si salen otros Zamoras, Samis y Pieras.

### HUELVA

*Litri.*—No ze por qué me parece que tú no erez er mizmo que ha armao er arboroto en Madrid. Pero te contesto a tu pregunta repitiéndote lo mizmo que ar de Barcelona: ¡Vengan equipos!

PINOCHO.

## RESEÑAS

Sporting, 4; Real Cáceres, 0.

Villa, 2; Guardiola, 1; Fernández, 1.

El Sporting tuvo dominado completamente al contrario, dada la poca resistencia que le ponían. Sólo se jugó el primer tiempo. Por el Real Cáceres se distinguieron Acedo y Preciado, y por el Sporting, Villa, Perera, Guardiola y Fernández.

El Rataplán Club, 3; Titirimundi F. C., 1.

El Titirimundi F. C. tuvo que retirarse en el primer tiempo por el juego tan sucio que empleaban sus contrarios, abundando las cargas, puñetazos y patadas a las piernas.

Por el Titirimundi se distinguieron Teodomiro y Honorio, y por el Rataplán, ninguno.

YILUSAN.



Una entrada de Monjardín.

CARLOS A. CHUS.  
Madrid.



# 9 CONCURSOS PERMANENTES!

¡INFINIDAD DE PREMIOS OTORGADOS POR LOS MISMOS PINOCHISTAS!

**50 PREMIOS** para los Pinochistas menores de diez años. :-: **50 PREMIOS** para los Pinochistas mayores de diez años. :-: Premios extraordinarios en Navidad. :-: Premios extraordinarios en fin de año. Premios extraordinarios en marzo de 1926.

## CONDICIONES GENERALES PARA LOS 9 CONCURSOS

1.ª Tenemos dos secciones para cada Concurso: **Primera Sección:** Pinochistas menores de diez años. **Segunda Sección:** Pinochistas de diez años en adelante. Para retirar los premios se exige acreditar la edad y el autor verdaderos, con un certificado que venga firmado por una persona respetable.

2.ª Para cada envío se precisa un **Cupón de Concursos**. Ejemplo: tres trabajos para un solo Concurso precisan tres Cupones. Otro ejemplo: para enviar un trabajo a cada uno de los nueve Concursos se precisa nueve Cupones. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo Cupón pueden enviar un trabajo a cada Concurso; pero nunca más de uno. Si quiere concurrir con tres trabajos a un Concurso, tendrá que acompañarlos de tres Cupones.

3.ª Cada sobre con trabajos de Concurso no contendrá otros asuntos.

4.ª El concurrir a nuestros Concursos indica que se aceptan todas las condiciones. No se devuelven los originales.

### ADJUDICACIÓN DE LOS PREMIOS

1.º Los premios se otorgarán por votación de los Pinochistas, excepto en los Concursos 2.º, 8.º y 9.º, que lo harán los Jurados.

2.º Para las votaciones publicaremos en el último número de cada mes seis boletines que los Pinochistas deberán llenar, indicando los trabajos que más les hayan gustado de los expuestos en ese mismo mes. El resultado se publicará entre los sesenta y los setenta y cinco días siguientes, para que puedan contestar los niños americanos. Como son 6 Concursos por votación, y cada uno tiene dos secciones, otorgaremos 12 premios mensuales, consistentes en magníficos libros de *Cuentos de Calleja*. Además tendremos menciones honoríficas para los que hayan sido votados sin alcanzar premio, que tendrán derecho a que se publique su retrato cuando tengamos sitio para ello.

### 1.º, CONCURSO DE PROBLEMAS

Los Pinochistas enviarán problemas, que publicaremos para que se busquen las soluciones. Hay que mandar aparte la solución muy clara y el nombre del autor, que a su tiempo se publicarán también. Los problemas pueden ser del estilo de los publicados o de otro, y pueden o no tener dibujos.

Es imprescindible el envío del **Cupón de Concursos**.

### 2.º, CONCURSO DE SOLUCIONES

Consiste en resolver todos los problemas que se publiquen. Acompañando a las soluciones de cada número debe enviarse el **Cupón de Concursos correspondiente**.

El Jurado examinará cada tres meses las soluciones recibidas, y concederá cuatro premios —dos para cada Sección— a las mejores soluciones enviadas. Y en el mes de marzo de 1926 se sortearán otros cuatro premios extraordinarios entre todos los que hayan enviado la colección completa de soluciones de 1925.

Cada sobre debe contener las soluciones de un solo número.

### 3.º, CONCURSO DE CHISTES ILUSTRADOS

Consiste en un dibujo y su chiste o explicación correspondiente, que estará escrita debajo o al respaldo, con nombre, edad y señas del Pinochista. El dibujo debe ser enviado con tinta china o negra, nunca con lápiz ni en colores.

Con cada chiste hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

### 4.º, CONCURSO DE HISTORIETAS

Historietas son las series de dibujos que completan una idea, con o sin texto alguno. No han de tener más de ocho dibujos. Ténganse en cuenta las condiciones del 3.º Concurso.

Con cada historieta hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

### 5.º, CONCURSO DE DIBUJOS

Dibujos sueltos, sin chiste, atendiendo sólo al mérito del dibujo. Ténganse en cuenta las condiciones del 3.º Concurso.

Envíese con cada uno un **Cupón de Concurso**.

### 6.º, CONCURSO DE CHISTES SIN ILUSTRAR

Con cada chiste hay que enviar un **Cupón de Concurso**.

### 7.º, CONCURSO DE CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

Envíense escritos por una sola cara del papel, y que no tengan más de 2.000 letras. Si se envían ilustraciones, que sean sin lápiz ni color.

Hay que mandar con cada cuento un **Cupón de Concurso**.

### 8.º, CONCURSO DE COLORIDO

Publicaremos dibujos de la *Serie Pinocho contra Chapete*, en negro. El mérito consiste en iluminarlos, para que se parezcan a los publicados en la *Serie*.

Con cada ilustración iluminada hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

Entre los que envíen los mejores dibujos, sortaremos cuatro trajes de Pinocho —dos por cada Sección— y publicaremos el retrato de los cuatro niños, con sus disfraces. Además, sortaremos libros de cuentos por valor de doscientas pesetas —cien para cada Sección—, entre los buenos dibujantes. Oportunamente, anunciaremos cuándo se cierra la primera Serie de este Concurso y del 9.º

Los premios los otorgará el Jurado.

### 9.º, CONCURSO DE PINOCHOS MÁS BONITOS

Este concurso consiste en una lista de los tomos de *Pinocho contra Chapete*, ordenados según la preferencia del Pinochista. Nosotros sumaremos los votos que cada episodio haya obtenido, y con el resultado, daremos la lista definitiva. Los premios serán para los que más se hayan aproximado a ella. Si hay menos premios que listas iguales, se sortearán aquéllos.

Cada lista debe venir con su **Cupón de Concurso**.

Otorgaremos cien premios —cincuenta para cada Sección—, y los cuatro primeros consistirán en Colecciones de la *Serie Pinocho contra Chapete*, encuadernadas en tela y con el nombre del Pinochista estampado en oro.

### PREMIOS EXTRAORDINARIOS

1.º A fin de año organizaremos un sorteo para adjudicar cuatro importantes premios entre todos los que durante el año hayan obtenido premios o menciones honoríficas en esta gran Serie de 9 Concursos permanentes.

2.º En Navidad se organizará un gran sorteo de regalos espléndidos. Para él enviaremos:

100 números a cada suscriptor de PINOCHO.

100 números a cada concursante que haya obtenido premio o mención en la gran Serie de Concursos.

100 números a cada autor de los trabajos publicados en dicha gran Serie.

De esta manera, los niños que sean suscriptores, autores y premiados recibirán 300 números para el gran sorteo de regalos de Navidad.

# PINOCHO

## CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 22

El Pinochista D. ....

de ..... años, y cuyas señas son .....

remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).

Fecha ..... (Si es suscriptor, poner el número .....)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.



# CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

**G. Cruz. (Cuenca).**—Te ruego encarecidamente me remitas, para que puedas entrar en el concurso, tu edad exacta. Recibimos tu chiste ilustrado, juntamente con el cupón, que aún no acabaste de llenar.

**Matilde Cabello. (Málaga).**—Deseamos saber tu domicilio para remitirte el accésit que nos pides y te corresponde.

**Carmen del Río. (Valladolid).**—Como a tu compañera de fortuna, Matildita Cabello, te pedimos tus señas para enviarte el premio.

**Luis López (Cañamares), Carmelo Blanco, Anatolio Díaz (Toledo), Manuel de Francisco (Vigo), Victoria y Rafi Hernández (Málaga), M. M. X. (Barcelona), José Torán (Madrid), Luis Montagne (Barcelona), José García Benito (Avila), Antonio Flores (Antequera), Julio Felipe Posada (Madrid), Antonio Viñuelas (Madrid).**—Queridísimos, inolvidables Pinochistas: Perdonadme si os digo, válido de la confianza que tengo con vosotros, que estáis... desmemoriados. Sí, amigos míos, con vuestro talento, con vuestro ingenio, se puede ir a muchas partes: al Polo Norte, al Polo Sur, a la China y al Paraguay. Pero con vuestra memoria... Con vuestra memoria no iría yo con vosotros, la verdad, más allá de Getafe. Os hablo desde luego, en confianza, ya que no nos oye persona alguna. Mandadme cuentos, chistes, historietas; mandadme vuestros trabajos sin cupones. Mandadme que remita algunos dibujos a lápiz. En números anteriores, una y otra vez, continuamente, he repetido la cantinela de la tinta china. Y en todos los números se han insertado los cupones correspondientes. ¿Y cómo vosotros, quizá los más inteligentes Pinochistas, olvidáis éste o aquél precepto? Esto es lo que no comprendo, la verdad. Y esto es lo que yo quisiera que, en beneficio de vosotros mismos, no ocurriera más. Es necesario que Pinochistas tan listos, tan hábiles, no sean, por otra parte, desmemoriados, olvidadizos. Hay que remitir los trabajos—dibujos, chistes ilustrados, historietas—en tinta china. Y todos los trabajos, todos, con su cupón correspondiente. De lo contrario, no podrán publicarse. Si faltos de cupón se publicaran los dibujos, muchos niños, no Pinochistas, muchos niños, no lectores de PINOCHO, colaborarían en la revista. Y ello, la verdad, perjudicaría a todos, a los auténticos lectores y Pinochistas. De manera que, a más de ingenio—que ya lo tenéis en abundancia—memoria. Así lo desea vuestro mejor amigo Pinocho.

**Pilar L. Doriga. (Santander).**—He recibido tu carta, que contesto inmediatamente. He recibido también con tu carta tu dibujo, que publicaré con mucho gusto. Lo que solicitas de los concursos te invito a resolverlo, si no deseas agredir a la Revista, calcando las figuras o copiándolas. Ello es un trabajo, ya lo sé. Pero es un trabajo beneficioso, que te ejercitará en el dibujo—a ti, que tan hábil eres en ese arte—y que te llenará algún tiempo, entreteniéndote agradablemente. En cuanto a tu queja—¿pero es posible, Pilar?—hemos dado noticia de ello a Pinocho, que se ha puesto furiosísimo. «¡Cosas de Chapete!», ha exclamado tu amigo. Y acto seguido ha dado las órdenes oportunas para que tus deseos sean cumplidos. Ya sabes tú lo atento, lo cortés, lo caballeroso que es Pinocho; pero también sabes tú lo malo, lo perverso que es Chapete. Pinocho no se descuida, Chapete tampoco. En esta ocasión, sin embargo—¡como siempre!—, vencerá Pinocho, y tú serás complacida y quedarás contenta. Ya lo verás.

**Maria del Carmen. (San Fernando).**—Conforme llegó tu carta, cayó en manos de tu amable amiga Pirula. Leyó aquella, la relevó, casi se la aprendió de memoria. Y como es tan buena amiga tuya y como tiene, además, mucho gusto en servirte, Pirula te promete que hará en las páginas de PINOCHO, para ti y para todas las *pirulinas*, un trajecito de muñeca, grande y fácil y de tela barata. Así quedarás contenta, ¿no es verdad? En cuanto al número que nos pides, lo más cómodo es que lo pidas al representante de PINOCHO en esa tu tierra, pues otra solución sería mucho más complicada.

**Antonio Gambetta Salgado. (Madrid).**—Eso está muy mal. Impublicable. Es necesario que afines más, pues tu cuento—¿puedo llamarlo así?—no ha gustado a Pinocho.

**Bonifacio Talamanca. (Toledo).**—Estoy seguro, segurísimo de que tú, con tanto ingenio como tienes, podrás hacer buenas historietas. Así lo deseamos nosotros, Bonifacio.

**Ignacio Vivanco. (Madrid).**—Buena, no te disgustes. Tu dibujo, por confuso, no puede publicarse. Remitenos otro. Tu puedes hacer un buen dibujo, sin disgustarte.

**Antonio Mondéjar. (Huelva, Cuenca).**—Estimado Antonio: Si Juanito no fuera un niño tan malo... Pero es tan malo, tan malísimo... Es preciso, para no asustar a los Pinochistas, eludir esas maldades atroces, por ejemplo, las de Juanito, y tantas otras maldades como hay. En fin, tu eres listo y sabes entenderme, querido Antonio. Recibe con estas líneas un saludo cariñoso de Pinocho.

**José Durán. (Melilla).**—¡Cómo no! A máquina, y a mano también, siempre que sea clara la letra. A mano o máquina, pero con el cupón correspondiente. Y nosotros, amigo José, encantados, contentísimos, satisfechísimos.

**Gustavo Fernández. (Gijón).**—Tu radio ha llegado en malísimas condiciones, confusa, estropeada, confundida. Mandanos otra cosa.

**J. Menchaca. (Madrid).**—Tu cuento está bien. Te acredita como escritor. Pero... ¿no sabes? Dentro de su bondad, tu cuento cabe mejorarlo. Por eso, a mi entender, lo mejor sería que nos enviaras otro cuento, de asunto más a propósito.

**Lázaro López. (Astorga).**—Como a tu antecesor, lo mejor sería que, en vez de arreglar tu cuento «Premio y Castigo», mandarás otro cuento, procurando, no sólo el asunto, sino también—para que lo podamos leer fácilmente—la caligrafía.

**Juan de Guelbenzu. (Madrid).**—Muy emborronados han llegado tus dibujos, amigo Juan, razón por la cual nos vemos obligados o encerrados en el cofre de los treinta candados. Hay que proporcionarse un buen secante.

**Danielín Moreno Gutiérrez. (Santander).**—No me gusta el chiste de tu dibujo, esta es la verdad. El dibujo, en cambio, me agrada muchísimo. Sin embargo, como ya estás acreditado ante nuestros ojos como buen dibujante y—aparte los reparos a tu chiste—como chistófilo, te recomendamos nos remitas algo nuevo, bueno, definitivo, como tú puedes hacerlo.

**Maria Teresa Arroyo. (Madrid).**—Tu cuento está bien, pero el asunto no es del gusto de tu amigo Pinocho. Le he preguntado y no ha querido decirme por qué. Como tú eres una niña muy lista, podrás mandarme otra cosa, Pirula, que a cada instante te nombra, te espera con impaciencia.

**Fernando López. (Madrid).**—No nos parece bien lo que dices de Doña Juana. Por este motivo no podemos publicar tu chiste, que a decir verdad, no deja de tener gracia. En otra ocasión estaremos más acertados.

**Antonio Santana. (Toledo).**—Busca para tus dibujos la mejor tinta china. No emplees el lápiz.

**Román Baró. (Avila).**—Contesto a tu amabilísima carta. Sólo los nuevos cupones de Colaboración infantil servirán para que los trabajos que nos remitan estén en condiciones de publicarse. Los cupones anteriores quedarán, pues, anulados, y cualquier trabajo que nos llegue con aquéllos quedará, por consiguiente, sin salir a la luz.

Tu dibujo nos ha gustado mucho, muchísimo, y se publicará.

**Elvira Román. (Vigo).**—Tu historietita—¡qué lástima, Elvira!—, tu historietita ha llegado manchada, emborronada, desdibujada, estropeada. ¡Nada! Tu historietita, que tiene mucha gracia, no puede publicarse. ¿Crees que no lo sentimos? Tanto Pinocho como Pirula están entristecidos por esto, que consideramos una catástrofe. Pero tú sabrás repararla, estamos seguros de ello, enviándonos nuevas cosas.

**José Antonio de Olmo. (Madrid).**—Mi queridísimo amigo: Con mucho gusto publicaría tu *fuga de vocales*, si hubiéramos dado cabida en estas páginas, desde un principio, a cuantos acertijos y jeroglíficos llegaron a nuestras manos. Como sería una descortesía para los demás colaboradores de este género publicar lo que hoy me remites, dejo aparte tu *fuga* para mejor ocasión. Pere tú, querido Pepe, con este talentito que usas, ¿no podrías mandarme otra cosa? ¡Ah! Yo estoy segura de que eres un gran dibujante, un excelente cuentista, un chistósimo *chistófilo*. ¿Lo comprobaremos? ¿Nos remitirás otras cosas? Yo creo que sí.

**Ernesto Riga Andrés. (Madrid).**—Mal, en mal estado han llegado tus dibujos. Gravísimos, sin la menor esperanza de alivio... Acaso no haya manera de salvarlos. ¡Están tan mal, son tan malos!...

**Manuel Martín. (Madrid).**—Tu cuento es bueno, pero peca de largo.

**Carmen y Cecilia Landa. (Zaragoza).**—Mis queridas amigas: Serenidad, tranquilidad. Vuestros dibujos llegaron en buen estado, a su tiempo. Aunque «frescos», como así calificáis a *Curritcho*, hoy se ha portado bien. Vuestros temores, a lo que parece, estaban fundados; «pero si piensas siempre mal—dice un refrán nuevo—, no siempre acertarás». En este caso... Quitando esta inquietud, queda, sin embargo, la otra: ¿Cómo están los dibujos? ¡Magníficos, estupendos! Se publicarán. ¿Y el cuento? ¡Magnífico, estupendo!... Pero no se publicará. ¿Motivo? Las líneas, la extensión de ese cuento. No podemos, en este caso, romper la costumbre. ¿No sería injusto para los demás? En esta «Correspondencia»—fijaos en lo que digo a Manuel Martín, vuestro antecesor—veréis a cada instante cómo rechazamos cuentos por el mismo motivo.

**Carmen Camino. (Madrid).**—Que no publiquemos tu cuento no quiere decir, como podrías pensar, que lo encontramos malo. Todo lo contrario, lo encontramos bien, muy agradable. Ahora, que estos tipos tristes, la verdad, no son del gusto de Pirula. Esta gusta de gente alegre, aventurera, valiente, como Pinocho, por ejemplo; y no de esos personajes tristes, como el de tu cuento. ¿Comprendes? Aquí, sin embargo, te esperamos con mucho gusto, pues estamos deseosos de darte a varte publicándote algo.

**Antonio Martínez. (Mahón).**—Muy largo. Pasa de las cuarenta líneas.

**Luis Sáenz. (León).**—Te confieso que no me parece humano, bueno el procedimiento de tu historietita. La verdad, el dibujo me gusta, está bien; pero la historietita en general... Tú lo comprenderás con nosotros, nos darás la razón y nos remitirás, en un breve plazo, otra historietita. ¿No?

**Ricardo Alonso. (San Sebastián).**—Muy borroso. Corrige esta falta, Ricardo, para otra vez.

**Maria Nieto Molina. (Madrid).**—Tu cuento es, sencillamente, estupendo. Ha gustado a todos: a Pinocho, a Pirula, a D. Turulato, a todos. Sin embargo, no comprendemos cómo una niña como tú, tan lista, tan extraordinaria, no ha caído en que «Flor-Bella», por largo, por pasar de las cuarenta líneas, no puede publicarse. En cambio, lo de Manuel, aunque no todo, podremos darlo a la luz.

**Domingo Echenique. (San Sebastián).**—¡Tinta china!

**Antonio García Salgazate. (Madrid).**—No puede ser. A otra puerta con esas cosas. Perdona nuestra confianza, Antolito.

**Carmen Alonso y Encarnación Mateo. (Valladolid).**—Mis queridas amigas: Recibi vuestra carísimas cartas, que tanto ha gustado a Pinocho, que tantísima alegría ha dado a Pirula y que tanto, también, ha satisfecho a Curritcho y a D. Turulato. Estamos estudiando vuestra propuesta, que nos ha parecido genial, extraordinaria, y mucho deseamos llevarla a la práctica inventando una insignia a propósito, bonita y humorística, que sirva de distintivo a cuantos Pinochistas andan por el mundo. En cuanto al sorteo, estáis en lo cierto. Con sólo ocho cupones (de estos cupones tan bonitos, que aparecieron por primera vez en el número 17) hasta para obtener los 50 números del sorteo. Recibid con estas líneas el más cariñoso saludo de Pinocho, y treinta y tres abrazos de vuestra buena amiga Pirula.

**Conchita Oria. (Santander).**—No comprendo tu carta, no comprendo cómo tú, tan inteligente, tan lista, tan viva, no sabes disculparnos de nuestros retrasos. Ya salieron dibujos tuyos, y sin embargo, amiga Conchita, sigues reprochándonos no sé qué, arrojando sobre la nariz de Pinocho tu disgusto. No obstante, creo que a estas horas estarás contenta. Habrás visto en la revista, en números sucesivos, obras tuyas y de tu primita. Habrás visto cómo se porta Pinocho con sus amigos, y ya estarás contenta, y ahora nos escribirás sin fruncir el ceño, alegre y simpática, satisfechísima y jovial. Muchas cartas hemos recibido tuyas, y todas nos alegraron grandemente. Ahora esperamos de ti nuevas cartas, nuevos dibujos, nuevos chistes. Todo lo que de ti nos llegue será recibido con mucha satisfacción por nuestra parte. Y todo, todo será publicado. ¿Pero me permitirás, ya que también nos portamos contigo, que te pidamos un favor? Es el siguiente: Tus trabajos y los de tu primita llegan siempre en un mismo papel, con idéntica letra, aprovechando el pliego hasta el punto de cruzar los renglones. A nosotros, como puedes comprender, nos agrada esta confianza; pero ello imposibilita separar los chistes, apartar el cuento y saber a punto fijo qué trabajos son tuyos y cuáles de tu primita. Pues bien: te rogamos, para beneficio tuyo, que deslindes bien lo tuyo y que tus cartas, por demás simpáticas, vengan aparte, en papel distinto del que ocupan tus chistes y tus cuentos. También que tu primita, por su parte, haga lo mismo, firmando sus trabajos con letra clara. En fin, todo esto no podrá disgustarte, y te beneficiará si quieres hacernos el favor. Y nada más por hoy. Abrazos de Pirula, apretones de manos de Pinocho, saludos de D. Turulato y Curritcho.

**Manolita Cancio. (Madrid).**—Hay que hacer los dibujos con tinta china.

**Rosario López Res. (Murcia).**—Tus dibujos han llegado confusos, algo emborronados, difíciles de ver...

**Emilio V. Doutriz. (Madrid).**—¡Tinta china!

**Maria Luisa Cavanilles. (Madrid).**—Maria Luisa: Tú no sabes lo que sentimos—pero muy de veras, Maria Luisa—, lo que sentimos por tu cuento, siendo bueno como es, no pueda publicarse. Es muy largo, demasiado largo. Procura, para otra vez, que no pasen tus relatos de las cuarenta líneas reglamentarias. Conforme leas esto, escribe otra cosa, otro cuento, conciso, y remítelo. No sabes lo deseoso que está Pinocho, y Pirula también, de publicar tus trabajos. El que hoy nos mandas te acredita como excelente escritora. ¡Palabra!

**César Pérez García. (Sevilla).**—Algunos borrones de tu dibujo imposibilitan a éste para que pueda publicarse.

**Josué Rochetti. (Madrid).**—Tus acertijos nos gustan. Pero solamente, como habrás visto, publicaremos cuentos, dibujos y colmos, razón por la cual nos vemos en la precisión de apartar tu trabajo. Manda otra cosa, que nosotros—sobre todo Pinocho—estamos deseosos de verte en la revista.

**Pilar Santamaría. (Madrid).**—Tu cuento pasa de las cuarenta.

**Francisco Trigo. (Valencia).**—Y lo mismo el tuyo, Paco.

**Eugenio Santana Pérez. (Toledo).**—Envíanos otra cosa, gran Eugenio. No me negarás que tú puedes hacerlo mejor, con más gracia, con más ingenio.





# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

Las perinolas siempre fueron mi debilidad. Esto es natural, pues que a ellas debo mi nombre, que se está haciendo tan popular.

Porque habéis de saber que yo a las perinolas, siempre les llamé pirulas, y cuando yo era joven...

(Digo «joven» por no decir «pequeña», ya que las muñecas no crecemos, no envejecemos tampoco; así es que joven lo sigo siendo).

Cuando yo era, digo, recién salida del bazar, me divertía haciendo perinolas con todo lo que me caía a mano. Hoy ya, que soy toda una redactora del gran semanario «PINOCHO», poseo una magnífica colección de perinolas de todos tamaños y de todas clases, de marfil, de sándalo, de cristal, hasta de oro.

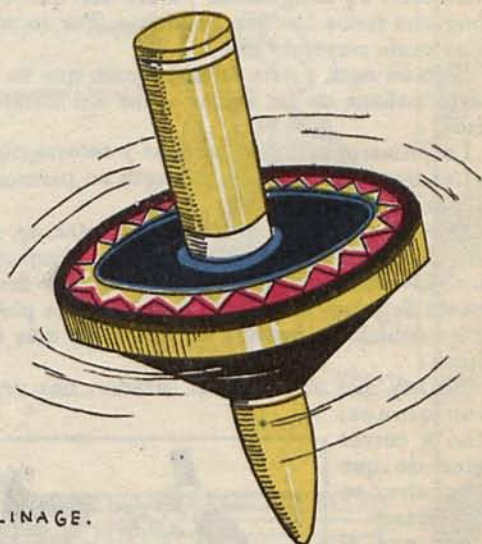
Pero me he vuelto demasiado formal para jugar con ellas, y a veces echo de menos aquellas modestas perinolinillas que fabricaba con cualquier cosa y tan diestramente sabía hacer girar.

Eran... como esta que adjunto veis y vais a copiar seguramente en un momento, utilizando para ello la mitad de uno de esos carretes que mamá os regala después de dejarlos sin hilo.

Por el agujero central de este medio carrete pasáis un palito que escogéis un poco gordo y afiláis luego en punta con un corta-plumas de manera que encaje exactamente en el agujero del carrete.

Por último, dado nuestro amor por las cosas decorativas, pintáis en vuestra perinola unos cuantos dibujos iguales a los del grabado, o como se os antoje, que siempre han de ser de buen gusto.

Y ¡a jugar! ¡Quién fuera vosotros!



LINAGE.

## UNA BOLSA DE COSTURA

¡Apuesto a que no adivináis cómo se abre y se cierra la adjunta muñeca-bolsa!

Lo de la apuesta no pasa de ser una broma. ¡Pirula no tiene la fea costumbre de apostar! Y es que la manía de las apuestas es, además de fea, peligrosa. A lo mejor le sucede a uno lo que a aquel niño glotón que se apostó que se comería en cinco minutos una docena de pasteles, un kilo de bombones de chocolate y una fuente de natillas. Y sucedió... que no se comió nada de todo eso. ¡Pero si lo llega a hacer!...

Volviendo a mi bolsa, ya que no lo habéis adivinado, os explicaré cómo se hace, se abre y se cierra. A poco que os fijéis, os daréis cuenta de que esa falda de felpa, bayeta o terciopelo va armada sobre una base de cartón y que en su parte superior va fruncida, y se abre tirando de un cartón, como cualquier bolsa vulgar. Lo que tiene de particularmente gracioso es la cara; mejor dicho, las caras, pues aunque la muñequita sólo tiene una —no es hipócrita—, hay que hacer dos para que aparezca idéntica por ambos lados. Pues bien: estas caras son dos redondeles de cartón cubiertos con una gamuza —para algo más que para los *polissoirs* de las uñas han de servir los guantes viejos—, en la que se pintan los ojos de cielo, las rubicundas mejillas y la fresca boca por partida doble. En su parte superior los dos redondeles llevan cosida una cinta, que se anuda para cerrar la bolsa y se desata al abrirla, y constituye al mismo tiempo para la muñeca el más estupendo de los «kirikis».



## PIRULA, BORDADORA

**Cubreteclado.**—Si no hiciera tanto calor, yo os aconsejaría quizás que hicierais el adjunto modelo de cubreteclado en terciopelo. Pero, la verdad, en estos tiempos de verano me parece más oportuno hacerlo en tela de hilo —eso sí, muy gruesa— o de *tusor* de algodón, y así vuestros dedos, y el piano, y hasta, si me apuran, los mismos patos, os agradecerán el frescor.

El pentagrama no hay necesidad de bordarlo; se compone de un estrecho cordón sujeto con unas puntadas discretas. Y no lo digo para ahorraros trabajo, ya que el bordar es para las niñas aplicadas, más que nada, una diversión; lo digo porque de este modo tiene más relieve y forma un bonito contraste con lo demás. Las notas se bordan a punto de realce, en seda si es sobre terciopelo, en algodón «perlé» o de bordar si es sobre tela de hilo o *tusor*.

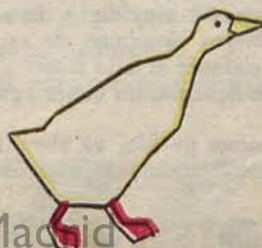
En cuanto a la clave y los patos —estos simpáticos patitos que os traen las notas en el pico para que en la lección de solfeo no os canséis de buscarlas... en el techo, según os sucede a menudo— se bordan simplemente a punto de cordón.

El fleco lo haréis vosotras solitas según el siguiente sencillo y vulgarísimo procedimiento: Se corta una tira de cartón del mismo ancho que altura ha de tener el fleco y del mismo largo que cantidad de flecos se desea. Sobre este cartón se enrollan muy juntas hebras de seda o algodón, según sea el cubreteclado.

Luego se cose por la parte de arriba un galoncillo, cogiendo con las puntadas todas las hebras.

Por último, se pasa una tijera entre el cartón y el fleco por el lado opuesto al galón que sirve de montura, y se cortan todas las hebras. ¡Y ya está!

Y ahora que ya sabéis hacer flecos, bien segura estoy de que haréis otros, preciosos como vuestros, para adornar toda clase de labores.





# HISTORIAS DE ANIMALES

## EL TERRIBLE DIPLODOCUS

¿Vosotros sabéis lo que es un diplodocus? Es probable que no, porque ya no andan sueltos por ahí, desde que les ponen multas a los dueños que no les compran bozal.

Se trata de un animal antediluviano, con lo que ya comprenderéis su antigüedad. Parece ser que con el diluvio se ahogaron todos los que quedaban. Por lo menos, hasta ahora se venía creyendo eso.

Pero he aquí, y esta es mi historia, que un diplodocus salió cierta mañana de las azules aguas del Mediterráneo. ¿Y qué hizo?

Lo primero, sacudirse el agua y secarse, tumbado al sol.

Los que lo vieron salir del agua no pararon de correr hasta diez kilómetros de allí.

Sólo se quedó un cazador de gaviotas, un señor que disparaba flechas a estas aves, para llenar almohadas con sus plumas. El cazador disparó uno, dos, diez flechazos; pero en cuanto llegaban las flechas a la durísima piel del diplodocus se les doblaba la punta y no servían ya más que para limpiar pipas.

No hay que decir que el cazador, una vez que agotó sus municiones, echó a correr antes de que el monstruo se despertase.

Por que el animalito no era, ni mucho menos, del tamaño de un perro de lanas. Media treinta metros de cabeza a cola y un poco menos de altura. Tenía unos dientes capaces de reducir a partículas un camión-automóvil. Con una de sus patas

era capaz de aplastar de un solo golpe un kiosko de periódicos, donde no se vendiera PINOCHO.

En fin, no tenéis más que ver el dibujo que reproducimos para que os hagáis una idea.

El diplodocus se despertó. Su sueño duró tres días. Como sintiera apetito, recién levantado, se comió sesenta naranjas, con sus ramas, sus hojas, su tronco y sus raíces. Lo único que dejó sin comer fueron las naranjas, porque sólo le gustaban las del grano de oro, y aquellas eran bastante ácidas.

Después, dijo así:

—Ahora comenzará mi venganza. Yo necesito vengarme de los hombres. Lo que Noé hizo con los diplodocus no tiene nombre. No metió dentro del arca la pareja que nos correspondía, como hizo con los demás animales de cada especie. Aquello fué una mala pasada. Bien es verdad que en el arca no cabía una pareja de diplodocus y que si, apretándose mucho, hubiera logrado colarse, no habría dejado sitio no ya para los demás animales, sino que la misma familia de Noé se hubiese tenido que quedar en tierra. Pero eso no es cuenta nuestra. Con haber hecho el arca más grande estaba todo arreglado. Con talar un par de bosques no hubieran tardado más de doscientos años en agrandar el arca con un sitio para una pareja de nuestra especie. Porque nuestra especie era muy digna de ser conservada. Ahora los elefantes presumen de ser animales grandes. ¿Qué es un elefante al lado mío?

Yo puedo comerme ochenta, sin beber agua ni escupir los colmillos.

En esto llegó al primer pueblo, ya abandonado por los vecinos al recibirse la noticia de la proximidad del

terrible monstruo. Este, de dos coces, derribó el ayuntamiento y doce casas más.

Se comió diez y ocho vacas del corral del cura y se limpió los dientes con la veleta del campanario.

Luego secó un estanque.

—Lo que no veo son los hombres. ¿Dónde están? He pasado treinta siglos esperando esta ocasión para no dejar uno vivo. He esperado en el fondo del mar a ser mayorcito y fuerte. Durante ese tiempo, he comido algas, rocas y ballenas.

Durante la última guerra, comí submarinos, que están rellenos como bombones. Algunas veces he asomado mi cabeza a la superficie y me he entretenido en soplar y hacer tempestades.

Al primer hombre que vea... ¡pobre de él! Creo que es una pena lo que se ha hecho de una especie tan preciosa como la mía.

De vez en cuando aparece en un hoyo un hueso de alguno de mis abuelos, y entonces lo llevan a ciertos cementerios llamados museos, donde guardan animales muertos.

Esto clama venganza.

¡Venganza, sí! Pero ¿qué es aquello, tan pequeño, que se mueve en lo alto de esa roca? Lo que se movía en lo alto de la roca habló y dijo:

—Soy un sabio.

—¿Y qué es eso? Nadie me ha hablado de ese animal.

—Un sabio no es un animal, ni mucho menos, dijo el sabio un poco ofendido.

—¿Y qué quieres de mí?

—Pues que te vayas. Es necesario que te vuelvas a meter donde te ocultaste hasta ahora. Todos los sabios te lo piden.

—¿Por qué?

—Porque todos estábamos de acuerdo en que eres una especie desaparecida. Te hemos dedicado más de mil libros así de gordos.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Vergüenza te debía dar de aparecer, siendo una especie desaparecida. ¿Dónde se ha visto nunca eso? ¿Te parece bonito? ¿Es ese el respeto que merecen nuestras canas?

El diplodocus se avergonzó mucho del regaño del sabio, y prometió ser bueno y ser otra vez especie desaparecida.

—¿Estás contento con eso?

—No. Es necesario que te mueras. Necesito tus huesos. ¡Qué gran triunfo reunir todos tus huesos, con mis amigos los sabios, como quien junta los pedazos de un rompecabezas!...; muérete ahora mismo.

—¿De qué me muerdo?

—Del disgusto de haber perdido a todos tus parientes.

El diplodocus se murió de pena y el sabio reunió sus huesos y juntó el esqueleto más grande que se ha visto.

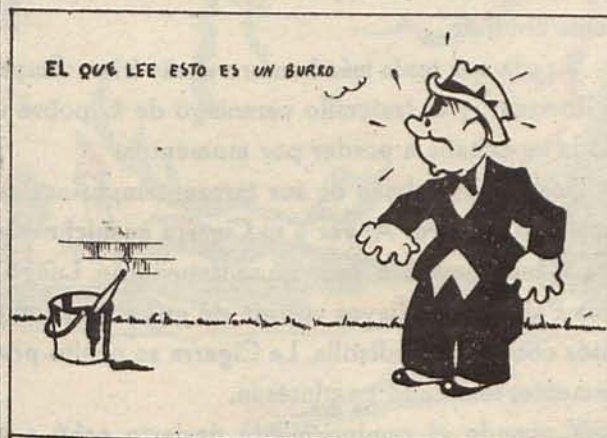
En el Museo está, si queréis verlo.





# CHISTES

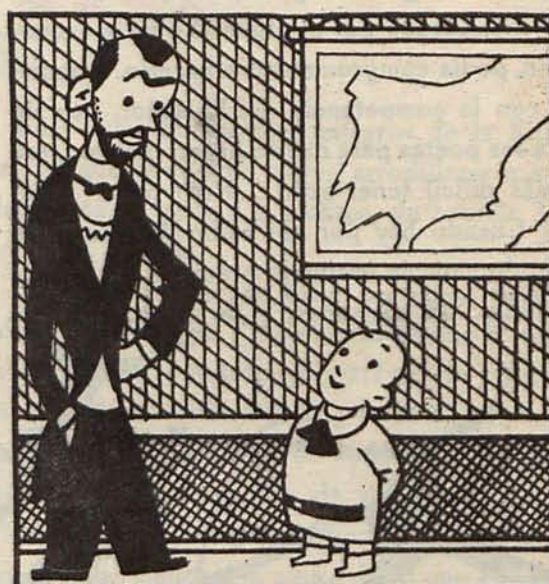
## B U E N O S Y M A L O S



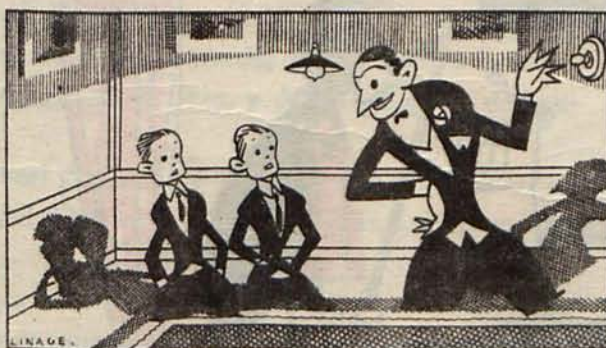
El placer de la venganza.



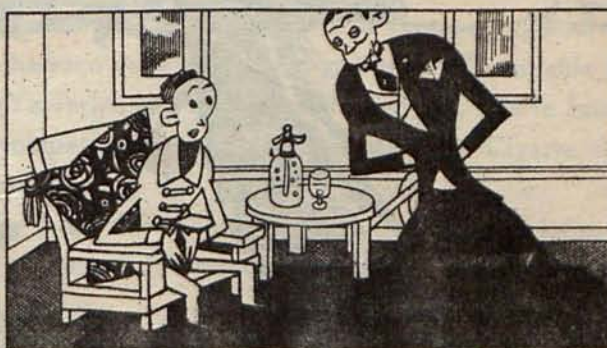
—Mamá, yo quisiera tener el cuello como una jirafa.  
—¿Para qué, hijito?  
—Para que cuando me dices un bombón tardara mucho en pasar.



—Papá, yo no voy más a ese colegio.  
—¿Por qué?  
—Porque se empeña el profesor en hablarme de cosas de las que yo no sé ni palabra.



—Mi hermanito y yo estamos enfermos y nadie nos cura.  
—Pues yo sé el remedio. Apago la luz y oscuro.



—Ya estoy bastante fuerte, ¿verdad doctor? Mándeme ya la cuenta.  
—¡Oh!, para eso no está usted bastante fuerte.



# CUANDO LA CIGARRA BAILABA

I

—Nada, lo dicho, amiga mía... ¡A bailar! ¡A bailar! Y la tacaña Doña Hormiga, con una risita burlona bastante molesta, cerró las puertas de su bien provisto granero, dejando en la calle a la infeliz Cigarra, aun con la pata extendida y suplicante.

Una ráfaga de cierzo helado agitó las muselinas verdes de sus alas, que vibraron levemente, como una cuerda de un violín roto. Y algunas piedras menudas, en un torbellino de polvo, lastimaron su frágil cuerpecillo, aterido de frío.

—¡Bailar! No era tan fácil seguir el consejo de Doña Hormiga, pensó la ingenua Cigarra, cobijándose bajo un matorral chamuscado por el otoño. Todavía cantar, ¡maí que bien, podía comprometerse a hacerlo. Aunque en verano, con la competencia del Ruiseñor, que sin duda paga a los poetas para que le hagan reclamo, era cada vez más difícil tener éxito... ¡Pero bailar! ¡Válgame Dios! Cuando hay por ahí cada Mariposa que quita el sentido, con un vestuario precioso; sin hablar de las Libélulas, tan elegantes, y de las Ranas, con

«maillot» verde, que hacen verdaderas proezas. No... El consejo era bueno, pero no para ella. Y, además, no tenía contrato.

Y cada vez tenía más hambre y más frío... Empezaba a lloviznar, y el trajecillo veraniego de la pobre arruinada se echaba a perder por momentos.

Dos grillos volvían de sus tareas campesinas con la azada al hombro. Al ver a la Cigarra cuchichearon entre sí burlonamente, pero no se detuvieron. Luego pasó una Pajarita de Nieves vestida de gris y andando a saltitos como una modistilla. La Cigarra se ocultó prudentemente, temiendo un picotazo.

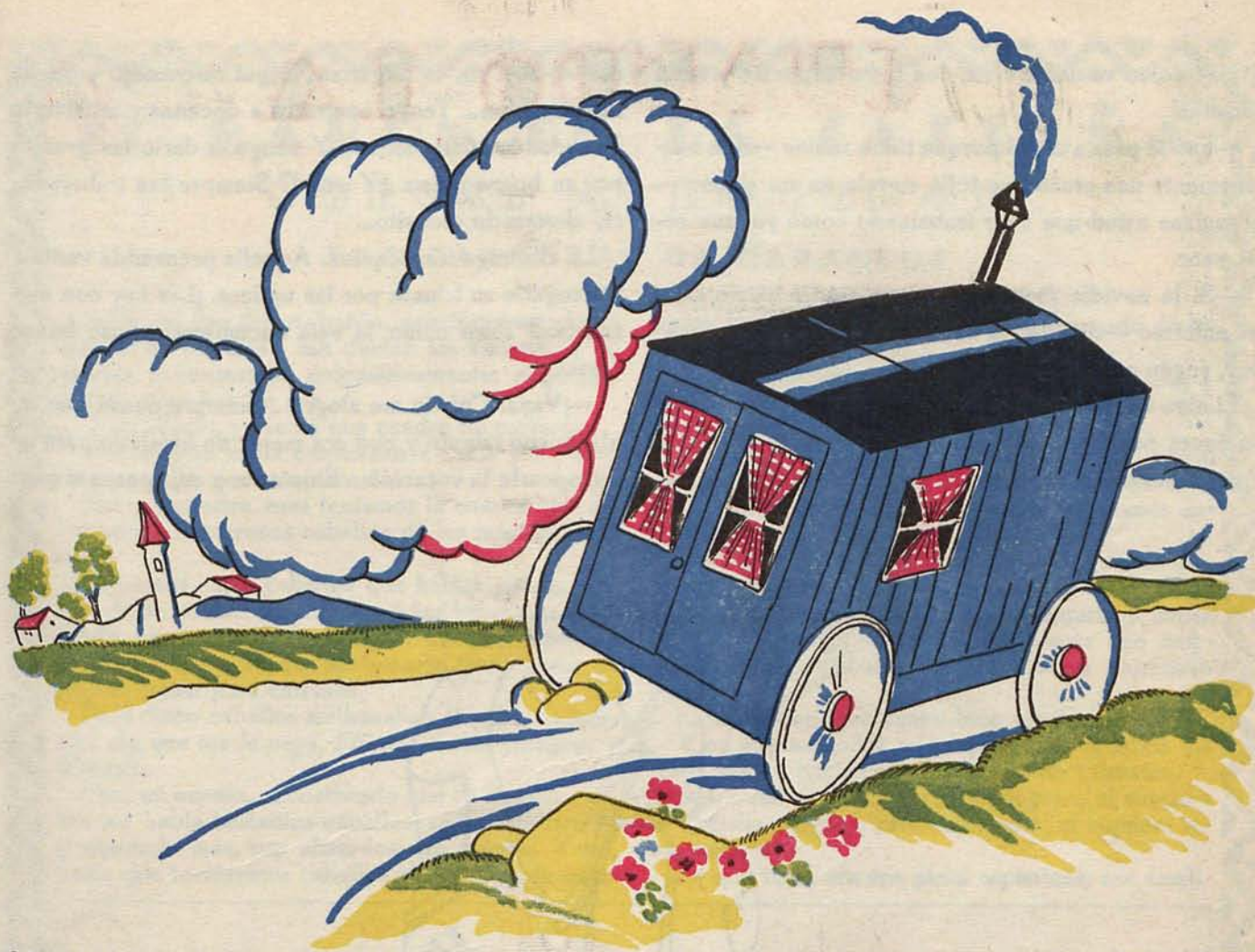
Y cuando el camino quedó desierto echó a andar penosamente.

La verdad es que no se podía negar que Doña Hormiga tenía razón. Si hubiese ahorrado algo mientras ganaba cantando el oro y el moro, no se vería ahora tan traspillada. Pero ¿quién iba a pensar que se quedaría tan pronto sin contrata?

Una luz apareció a la derecha del camino. Era la ventana de un carricoche de saltimbanquis. En un esfuerzo último de su voluntad, la Cigarra echó a volar y se coló por un cristal roto, cayendo sin fuerzas sobre







el hule pringoso de una mesa, al lado de una lámpara de acetileno.

—¡Ay! ¡Un bicho! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó una chiquilla rubia y macilenta, sentada en un sillón viejo y arropada en mantas de colorines.

Era la hija del clown, una pobrecita impedida que, a pesar de su inmovilidad, tomaba parte en las representaciones, con el pomposo nombre de «La Princesa Florindana, domadora de pulgas».

La madre de la Princesa —la mujer-cañón— apareció, envuelta en una bata de franela color de cocina y con una mancha en el centro, de la forma del mapa de Madagascar.

—¿Qué te pasa, Ruperta? —exclamó, sin dejar de fregar una cacerola mugrienta.

—¡Un bicho muy raro que ha entrado por la ventanal!

La mujer-cañón, que era de un temperamento delicado y miedoso, lanzó un grito de pájaro herido y se subió encima de una cómoda, que perdió seis centímetros de altura con el peso, y desde allí gimió desconsolada:

—¡Señor! ¡Señor!... ¡Y tu padre que no vuelve hasta mañana! ¡Qué va a ser de nosotras, a solas con esa fiera!

La fiera en cuestión, reanimada por el calor y comprendiendo que corría el peligro de morir aplastada por la cacerola que esgrimía la dama, con un gesto que recordaba de lejos al de la estatua de la Libertad del puerto de Nueva York, agitó sus patas y se puso de pie.

—¡Rupertal! ¡Dame el revólver y ten serenidad! —gimió la mujer-cañón, cuyos *bigudis* erizados, la daban una apariencia belicosa—. ¡Es necesario jugarnos el todo por el todo!

Pero como en aquellos milagros de la Edad Media en los que se ve a un ciervo arrodillarse o a los lobos detenerse en torno a la víctima, sin tocarla, la Cigarra comenzó a bailar.

No digamos que su baile era como para ganar un concurso de tango. Pero el caso es que la cigarra bailaba. Primero, con torpeza —tal vez la falta de música—; luego, con más soltura, y poco a poco inició «flin-flanes», «pas de buré» y reverencias elegantísimas con las alas cogidas con dos de sus patitas. La Princesa Florindana la miraba con la boca abierta, y la mujer-cañón, con las manos a la altura de lo que ella consideraba sus caderas, llevaba el compás con los *bigudis*.

—Voy a poner un disco en el gramófono —dijo la niña entusiasmada. Y cuando la Cigarra, ¡oh prodigio!, bailó al son de la rumba y del fox-trot de las campanas, la madre de la Princesa opinó, enternecida, que la Fortuna se les había colado por la ventana y que aquel bicharraco valía más dinero que toda la compañía junta. ¡Ya verían los del «Circo Pingorrini», que le hacían la competencia, cuando anunciaran «la Cigarra danzarina»!

Y aquella noche la Cigarra cenó bien y durmió mejor, pensando en toda una vida de triunfos y de esplendor.

## II

Doña Hormiga, desde el umbral de su puerta, acompañó con una mirada indignada al recaudador de contribuciones.

—¡Así se lo gaste en botical —maldijo, furibunda—.



¡No sé como va una a vivir, con tanto impuesto y tanta socaliña!

—Eso le pasa a usted porque tiene rentas —dijo burlonamente una araña que tejía su tela en un rincón—. Si tuviese usted que vivir trabajando como yo, aun sería peor.

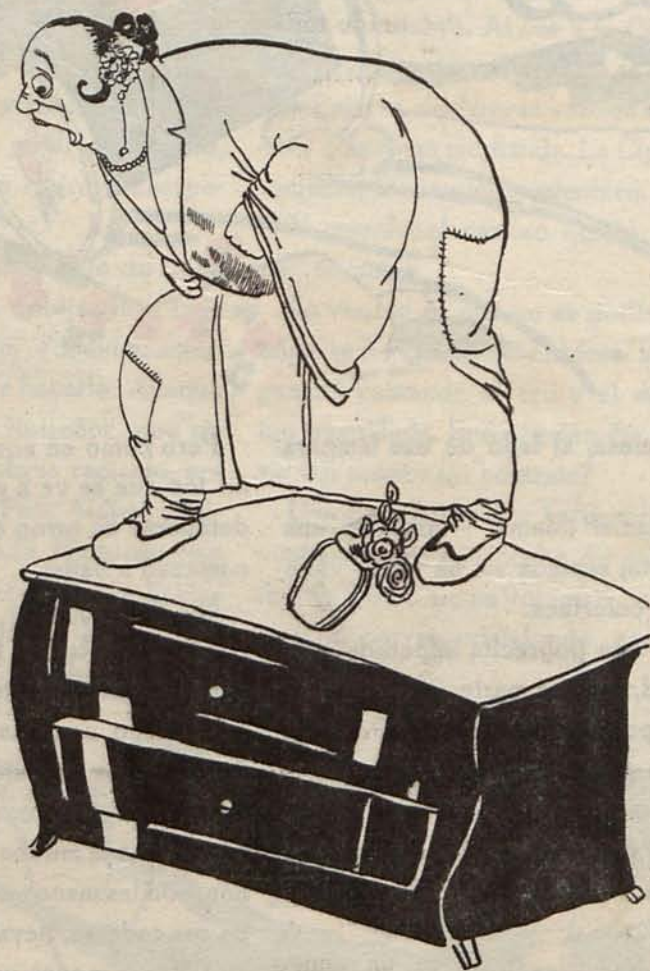
—Si la envidia fuese contagiosa, medio barrio estaría enfermo —dijo Doña Hormiga, que se puso a barrer, según costumbre, hacia dentro.

El caso es que cuanto más dinero tenía, más contribuciones pagaba. Aquello era desesperante e injusto. Que pusieran contribuciones a los pobres, que no tie-

mó—. Soy yo, la Cigarra... Seguí su consejo y me ha ido muy bien... Tengo contratos a docenas y mi retrato en todos los periódicos... Y vengo a darle las gracias por su buena idea... ¿Y usted? Siempre tan trabajadora, ahorrando dinerito...

La Hormiga tragó quina. Aquella presumida venía a restregarle su triunfo por las narices. ¡Las hay con más suerte...! Pero como la veía encumbrada puso buena cara...

—¡Vaya! Cuánto me alegro... Siempre pensé que tenía mucho talento y que era mejor no ayudarla para no estropearle la vocación... En cuanto a mí, apenas si pue-



nen nada que perder y están acostumbrados a privaciones... Pero a la gente rica debían dejarla en paz...

En aquellas divagaciones andaba mientras barría, cuando un lujoso *auto*, que se paró delante de su casa, la llenó todo de polvo y de chinarrros.

Iba Doña Hormiga a prorrumpir en insultos, cuando del coche, en el que iban sentadas una señora muy gorda, con traje color canario y pamela de amapolas, y una nena rubia vestida de encajes, bajó airosa, ligerísima, *chic*, nada menos que la Cigarra, la antigua mendiga, ahora vestida de tules verdes y plata y llena de alhajas.

Llena de satisfacción fué al encuentro de Doña Hormiga, que la saludó con frialdad, muy escéptica sobre la procedencia de aquellos lujos.

—¿No me recuerda usted, Doña Hormiga? —excla-

do pagar mis impuestos... Acabaré por arruinarme, después de una vida de trabajo...

La compasiva Cigarra se enterneció. ¡Pobre Doña Hormiga! ¡Una persona —digámoslo así— de tanto mérito y tan arreglada! Su agradecimiento le sugirió una idea genial:

—¿Quiere usted venirse conmigo de ama de llaves? Precisamente necesito alguien de confianza.

Y el lujoso *auto* se llevó juntas y muy amigas a la Hormiga y a la Cigarra.

JOSÉ ZAMORA.



# EL BARÓN DE LA CASTAÑA

## NUEVAS AVENTURAS

### LAS CARRERAS DE CABALLOS

—Ya me han dicho, barón, que tiene usted una cuadra de carreras... me decían los amigos. Y yo sonreía y contestaba enigmáticamente: Algo hay de eso, algo hay de eso...

Y en efecto, yo tenía una cuadra de carreras.

Adelaida se había empeñado en ello y no tuve más remedio que complacerla.

Junto a nuestra casa teníamos la cuadra, que albergaba a numerosos caballos de las más distintas razas.

Teníamos cinco caballos que habían tirado toda su vida de coches de alquiler, y los habíamos comprado en un punto de coches, porque Adelaida pretendía que además de tomarse para horas se podían tomar para carreras.

Esos cinco caballos se llamaban *Juanito*, *Celedonio*, *Ay que me la pego*, *Fijarse en mis hechuras* y *Horacio*.

Pero mi esposa, encontrando que en nuestra cuadra no había bastantes caballos, se pasaba la vida comprando más, por absurdos que fuesen. Y así, hacía que tuviésemos caballos de cartón, de esta-

tar se sentaba en el suelo y no había modo de levantarlo.

*Horacio* se empeñó en galopar hacia atrás, y como no teníamos riendas ni cabezada para la cola, hubo que desistir de que corriera.

*Ay que me la pego* salió andando desde por la mañana sobre las dos patas de delante, y no se le pudo convencer de que fuese como los demás caballos.

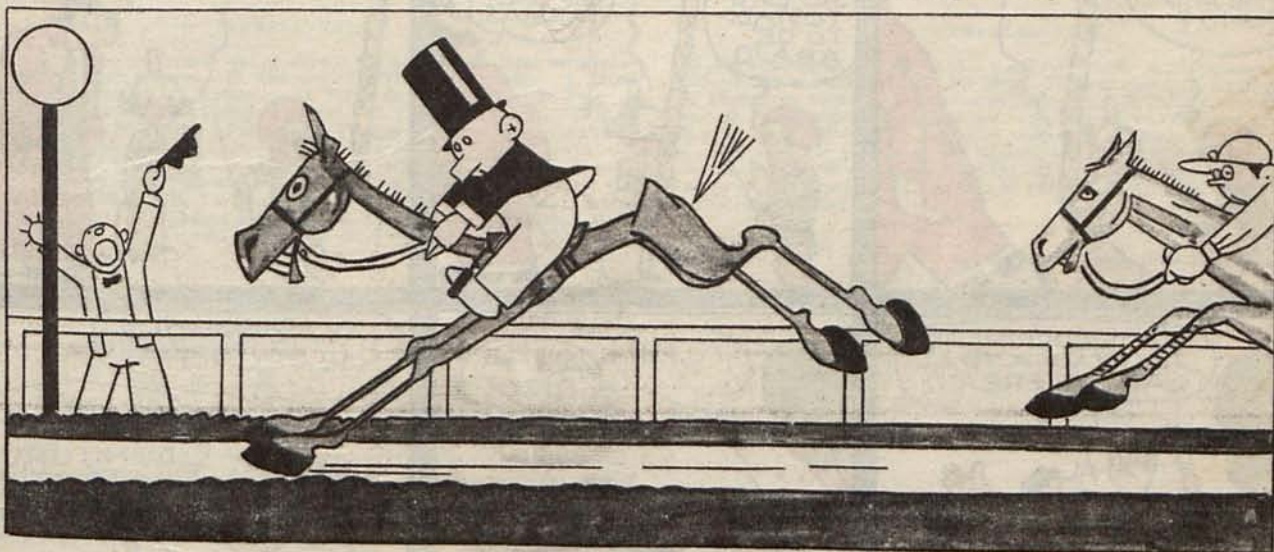
Y *Fijarse en mis hechuras*, en cuanto oía la música, se ponía a bailar sonriendo, lo que, como a los otros tres, nos impidió presentarlo a causa de haber en el hipódromo una banda que amenizaba el espectáculo y que le hubiera impedido correr.

El único que funcionaba bien era *Celedonio*.

Y en él puse todas mis esperanzas mientras los otros gansos hacían reír haciendo sus tonterías.

*Celedonio* no era un «pura sangre», ni siquiera un «media sangre»; probablemente, ni siquiera tenía sangre.

Lo que tenía era una pinta espantosa: era amari-



tua y de baraja. Además de una colección de *caballetes* que nos había regalado un amigo pintor.

Su afán de reunir todo lo que atañese en algo a esos hermosos animales no tenía límite.

El cuidado de mi cuadra no era tan difícil como pudiera suponerse, pues bastaba con que nos ocupásemos de dar de comer y beber a los cinco caballos de carne y hueso y les pasásemos un plumero a los otros.

Adelaida se ocupaba de darles un paseo matinal, haciéndoles galopar para que estuviesen entrenados para las carreras.

El día del Gran Premio de Chile quisimos presentar todos nuestros caballos al concurso; pero no hubo medio de hacer salir por su pie a los de cartón ni a los de estatua, y mucho menos a los *caballetes*.

Los únicos que salieron fueron los cinco caballos que comían cebada y los de baraja, que llevaba yo en mi bolsillo.

Los inscribí a todos, menos a los de las barajas, que me los recusaron por falta de peso, y me dispuse a prepararlos para la prueba.

*Juanito* no pudo presentarse porque, sin duda para gastarme una broma, en cuanto lo iba a mon-

llo, le faltaba una oreja, en los huesos de sus caderas se podía colgar el sombrero y el bastón, y se le podían contar todas sus costillas.

Nadie quiso apostar por él cuando salió a la pista; nadie, menos Adelaida y yo, que teníamos confianza en él.

Lo monté yo, porque a última hora recordé que no había pensado en contratar ningún jockey.

Se dió la salida, y al pronto me adelantaron los otros caballos; pero yo, sin inmutarme, seguía espoleando a mi jaco, hasta que, cuando faltaban quinientos metros para la meta, introduje en la oreja la castaña de mi apellido, que siempre llevaba colgando de la cadena del reloj, y entonces *Celedonio*, molesto y sintiendo unas atroces cosquillas, se desbocó, y, ¡todos sabéis lo que corren los caballos desbocados...!, adelantó a todos sus rivales y llegó el primero, ganando el premio.

Fuí muy felicitado por mi estratagema y *Celedonio* se cubrió de gloria para él y sus sucesores.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.





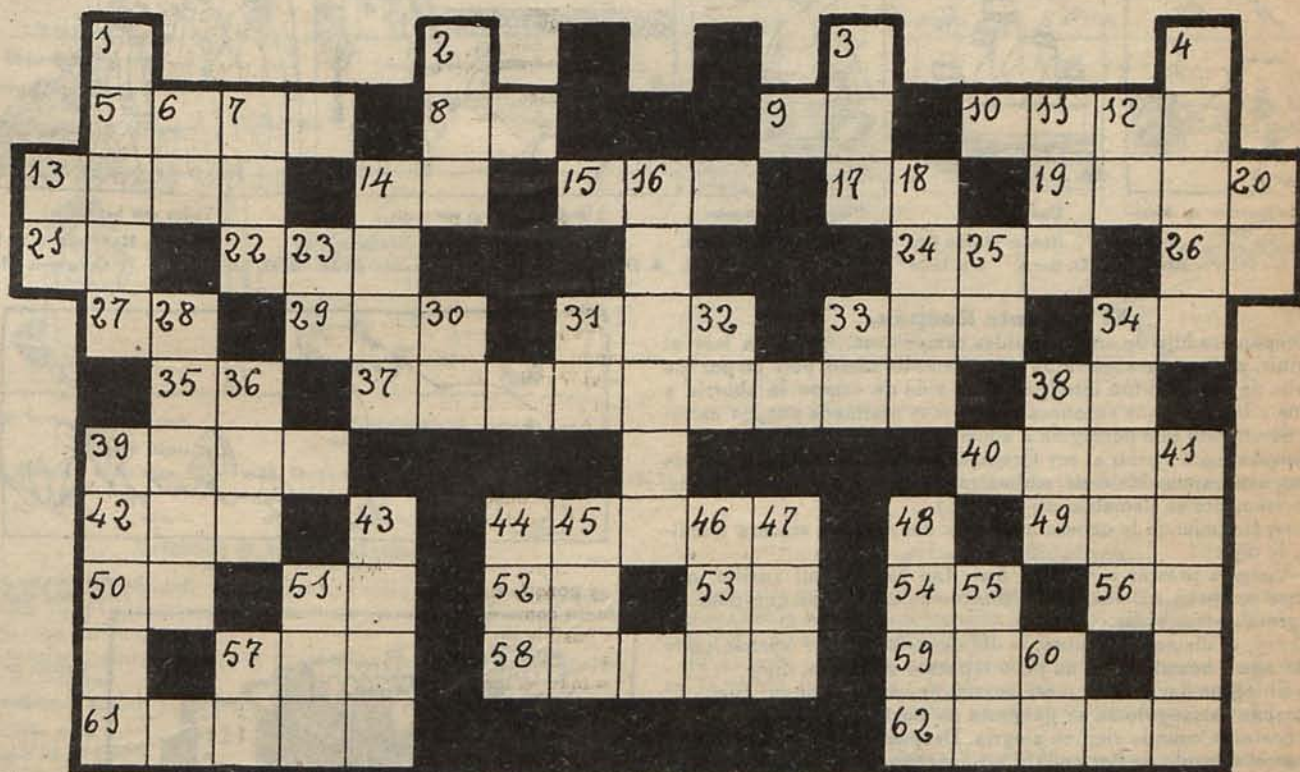
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





# Nueva Serie de Concursos.

## PALABRAS CRUZADAS



### HORIZONTALES

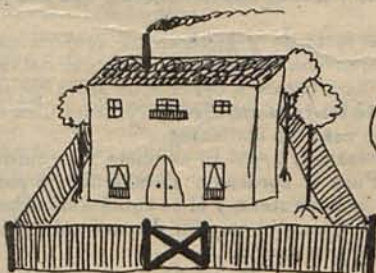
5. Hembras de un animal que se sube a los árboles.—8. Nota musical.—9. Moneda antigua romana.—10. Raqueta.—13. Tiempo de verbo.—14. Imperativo.—15. Percibir.—17. Artículo.—19. Título de noble inglés.—21. Pronombre.—22. Agarradera.—24. Tiempo de verbo.—26. Bebida aromática.—27. Lengua provenzal.—29. Pasión del alma.—31. Tiempo de verbo.—33. Otro tiempo de verbo.—34. Nombre de letra.—35. Nota musical.—37. Hacen muebles.—38. Nombre de letra.—39. Conjunción.—40. Natural de Africa.—42. Pronombre.—44. Enlazar.—49. Personaje bíblico.—50. Negación.—51. Tiempo de verbo.—52. Pronombre.—53. Voz usada con las caballerías.—54. Contracción.—56. Nota musical.—57. Tiempo de verbo.—58. Deprecación que se hace al Señor en la Misa.—59. Tiempo de verbo.—62. Piedra llana.—63. Tiempo de verbo.

### VERTICALES

1. Para cocer pan.—2. En el mar.—3. Pronombre.—4. Planeta.—6. Imperativo.—7. En el botijo.—11. En las aves.—12. Artículos.—13. Exclamación.—14. Tiempo de verbo.—16. Estaciones calurosas.—18. Poema dramático breve.—20. Preposición.—23. Afirmación.—25. Imperativo.—28. Rey de Lidia.—30 y 31. Pronombres.—32. Tiempo de verbo.—33. Conjunción.—34. Vasija.—36. Terreno firme y limpio.—38. Madera.—39. Correccional.—41. Eclesiástico.—43. Tiempo de verbo.—44. Carbón.—45 y 46. Adverbio.—47. Lo hace el ratón.—48. Imperativo.—51. Tiempo de verbo.—55. Artículo.—57. Tiempo de verbo.—60. Conjunción.

5. P. Serie B.

JOAQUÍN VERA.  
Trece años. Elda (Alicante).



1 Franco —  $\sigma + \alpha$

500 articulo Ceta DDD

6. P. Serie B.

## JEROGLÍFICO

NOMBRE DE UNA POBLACIÓN



### PROBLEMA ARITMÉTICO

Una tarde salió, como de costumbre, a dar un paseo por las afueras del pueblo un padre con su hijo; al llegar al límite de su paseo vieron una ermita con su campanario. Al niño le llamó la atención la iglesia y preguntó a su papá la altura que tendría la torre, y el papá contestó: —Mira, hijo mío; el hombre, con su ingenio, debe resolver los problemas que se le presentan sin necesidad de aparatos; por lo tanto, con este bastón y los elementos naturales debe resolverlo del modo siguiente: La sombra de esa torre la medimos y vemos que tiene once metros y cincuenta centímetros; este bastón tiene noventa y ocho centímetros y la sombra que proyecta tiene dos metros y quince centímetros; pues bien: con estos datos mañana me dirás qué altura tiene esa torre.

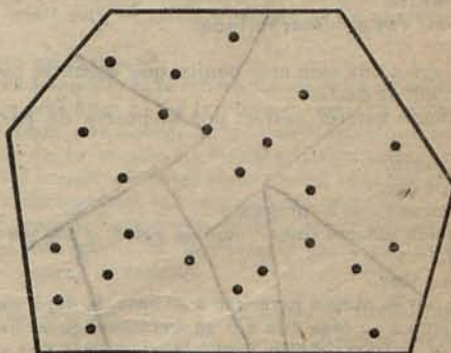
¿Qué operación hizo el niño y cuál fué su resultado?

FRANCISCO GUTIÉRREZ DE MIGUEL.  
Catorce años. Sevilla.

7. P. Serie B.

NOTA.—Por un error de imprenta se omitió en la lista de indicaciones del problema de palabras cruzadas publicado en el número 19 la indicación correspondiente al número 16 vertical, que es: Alturas en el campo.

MARÍA PILAR VILLAU.—Trece años. Valladolid.



### POLÍGONO

He aquí un polígono con veinticuatro redondeles en su interior. ¡Pinchistas geométras, agudad el ingenio! Vosotros, que tan acertadas soluciones nos habéis mandado a concursos anteriores de esta índole, no dudamos que esta vez acertaréis también este ingenioso problema que ahora presenta nuestro querido amigo Alfredo Alvarez. El modo de solucionar, según nos comunica nuestro concursante, es el siguiente: Trazad ocho triángulos dentro de este polígono de manera que cada uno de ellos contenga en su interior tres redondeles.

8. P. Serie B.

ALFREDO ALVAREZ PUIG.  
Once años. Barcelona.



# Nueva Serie de Concursos.

CUENTOS :: DIBUJOS :: CHISTES



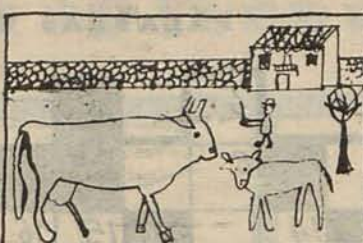
Mis hermanitos en Recoletos.  
CARMEN MIEZ DE LA RIVA.  
1. D. S.e B. 14 a. Madrid.



Una cara-bela.  
RAFAEL MATEO GIL.  
2. D. S.e A. 5 a. León.



Pinocho en alta mar.  
FELICIANO ANDRÉS.  
3. D. S.e B. 11 a. Madrid.



Un labrador con sus vacas.  
JOSÉ LAPENAS.  
Quince años. Avila.



Todos mis hermanos.  
QUETITA MARTÍNEZ DE LA RIVA.  
Once años. Madrid.

## El valiente Roepán.

Roepán era hijo de unos humildes campesinos. No sabía leer ni escribir, porque para ser ratón no se necesita tanto; pero no por eso dejaba de ser un ratón inteligente. La vida de campo le aburría y se fué a la corte, que entonces estaba muy alarmada por los estragos de un gato que perseguía a aquella gente de un modo atroz.

Roepán fué a visitar al rey Granuja, que estaba en compañía de su augusta esposa Maicena, ambos royendo unos granos de maíz. (Precisamente se llamaban así por eso.)

Roepán, bajando la cabeza a los pies del rey, con sincera humildad, le dijo:

—Vengo a prestar a vuestra majestad roedora mi auxilio, que aunque sea poco, tal vez pueda libraros de ese gatazo que pone en peligro nuestras vidas.

El rey, al oír aquel nombre, le dió un calofrío que apenas pudo pasar el bocado; pero un poco repuesto del susto, dijo:

—Si logras dar muerte a ese animal, te casarás con mi hija.

Roepán estranguló en su garganta un bostezo, porque los ratones bostezan cuando sienten alegría. Después se fué a su agujero a discurrir el modo de dar muerte a su enemigo, y como Roepán discurrir bien, luego se acarició el rabo en señal de triunfo.

Su plan estaba trazado. Cogió un frasquito de fosfórea, lo vació en un plato de cocido y se lo comió a toda prisa. Acto seguido fué corriendo a la puerta por donde tenía que pasar su enemigo. Como el veneno estaba haciendo su efecto, el gato que lo vió, lo quiso librar de aquel suplicio y en un dos por tres se lo engulló dentro, muriendo en seguida víctima del envenenamiento.

Los demás ratones aplaudieron el valor de Roepán, atrayéndose la simpatía de todos y casándose después con la princesa.

HILARIO BÁRCENA.  
Doce años. Ceceda (Asturias).

## El árbol.

Pues, señor, esta era una vez que un niño estaba derribando un árbol pequeño, y éste le dijo:

—Niño, ¿por qué me derribas, si yo te doy la rica sombra cuando el sol te abrasa, y te doy frutas que te refrescan y te alimentan, y te doy madera para construir tu hogar? No te proporciono mal ninguno, ¿por qué me haces daño?

Y con este sermón el niño se marchó con la cabeza baja, temeroso de que los árboles grandes se le echaran encima y le hiciesen daño.

Desde ese día el niño no sólo no hizo más daño a los árboles, sino que los defendía para que otros niños no lo hiciesen tampoco.

MARIÁTA RODRÍGUEZ.  
Nueve años. Madrid.

## María pez y María oro.

Pues, señor, esta era una mujer que tenía dos hijas: una era muy buena y otra era muy mala. Como eran muy pobres, un día dijo la buena a su madre:

—Mamá, me voy a buscar fortuna.

Y se fué.

Cuando llegó a una casa muy bonita que encontró en el camino, oyó una voz que le decía:

—¿Por dónde quieres entrar: por la puerta de pez, o por la de oro?

Y ella contestó:

—Por la de pez.

Luego la misma voz le preguntó:

—¿Con quién quieres comer: con los gatos, o con los señores?

Y ella dijo:

—Con los gatos.

Y al salir por la puerta para irse a su casa, le cayó mucho oro.

Cuando llegó a su casa y la vió su hermana, quiso hacer lo mismo. Se fué a la casa bonita y oyó la misma voz que su hermana, que le dijo:

—¿Por qué puerta quieres entrar: por la de pez, o por la de oro?

Y ella contestó:

—Por la de oro.

Luego oyó que le decía la misma voz:

—¿Con quién quieres comer: con los gatos, o con los señores?

Y ella dijo:

—Con los señores.

Y al salir por la puerta para irse a su casa, le cayó mucha pez.

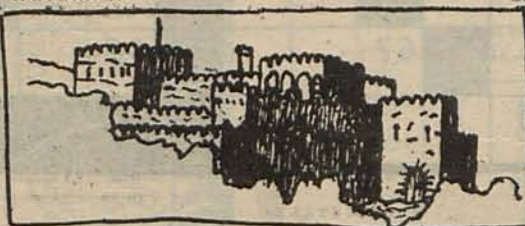
Al verla su madre, la riñó mucho.

La buena se casó con un Príncipe, y la mala se arrepintió y se volvió buena.

DOLORES FREYRE.  
Doce años. Zaragoza.



Una madre satisfecha.  
AGUSTÍN CASES PÉREZ.  
Once años. Madrid.



La trampa.  
LUIS PORTELA.  
Doce años. Vigo.

Ocurrían en un pueblo cerca de África dos desgracias. Una era la de que había una pantera que todos los años se comía a un niño o a una persona mayor, y la otra era la de dos niños, de cuyo nombre no recuerdo, amigos de diabluras, que se comían los plátanos y los cocos.

Cierto día acertó a pasar por allí un cazador, y enterado de ello quiso cazar la pantera, por cuyo motivo todo el pueblo estaba alborotado y bailando de contento, menos dos hechiceros, que habían jurado matarla.

Los dos niños salieron por la tarde y hicieron un agujero muy hondo en la tierra y lo taparon con hojas para que no se notase, con objeto de que cuando la fiera pasara a beber agua al río cayera en la trampa. El cazador quizá les regalara algo; y con esta idea en su imaginación se fueron a su casa tan contentos.

A la mañana siguiente el cazador cogió su escopeta y un corderillo y se marchó al campo. Puso el corderillo al lado del río para que con sus balidos atrajera a la pantera, y él se subió a un árbol. En efecto, la fiera fué a beber agua, y el cazador disparó sobre ella y la mató. Luego cogió la piel y la vendió.

Los niños fueron por la mañana, y en vez de la pantera se encontraron a los dos hechiceros que habían caído en la trampa y se quejaban amargamente, pues se habían hecho un chichón del tamaño de una nuez.

Se los presentaron al Rey, y en su presencia confesaron que habían salido por la noche a matar al cazador. Y como el Rey no tenía permitido a nadie salir de noche, los castigó.

Enterado el cazador de que los niños le habían salvado la vida, le regaló a uno una colección de PINOCHO, y el Rey regaló otra colección de PINOCHO al otro niño, las cuales les gustaron muchísimo.

Cuando fueron mayores se acordaban de sus diabluras y del agujero aquel donde en vez de la pantera encontraron los dos hechiceros. Recordaban esto cada vez que leían la colección de PINOCHO, que tan cuidadosamente guardaban.

ISABEL FERNÁNDEZ-GIL.  
Once años. Madrid.

4. C. Serie B.

## Chín-Chín y Chun-Chon.

Érase en una ciudad de China, en la cual vivían dos niños muy traviesos. En sus primeros años se iban a pasear por las murallas que circundaban la ciudad; luego se dedicaron a entrar en las cuevas, y en una de ellas vieron una mesa muy larga, en la cual había una banda de hombres con unos capuchones negros y una calavera. Al verlos dijo Chín-Chín:

—Vamos a escondernos, Chun-Chon.

Y se metieron debajo de un cajón. Pero el jefe de la banda, que los había visto, se dirige a ellos echando fuego por todas partes, coge a los niños y los mete debajo de su sayón.

Y no se sabe el paradero de los niños.

Y colorín colorado,  
es cuento se ha acabado.

JUAN IGNACIO LIZÁRRAGA.  
Once años. Badajoz.

5. C. Serie B.





El jardín de mi casa.

MARUJA MARTÍNEZ DE LA RIVA.

8. D. Ser. B. 13 a. Madrid.



Una buena parada.

ADOLFO GALLARDO DE LATORRE.

Once años, Madrid.

9. D. Serie B.

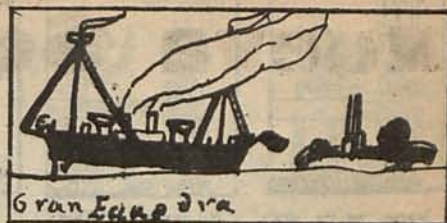


¡Cualquiera conoce a Currínchel!

CARMEN MARTÍNEZ.

13 años. Madrid.

10. D. Serie B.



Gran Escudra

Gran escuadra.

MANUEL A. DE SOTO.

Once años. Melilla.



Me huele que es por aquí.

SERINA MENÉNDEZ.

11. D. Serie A. Siete años. Gijón.

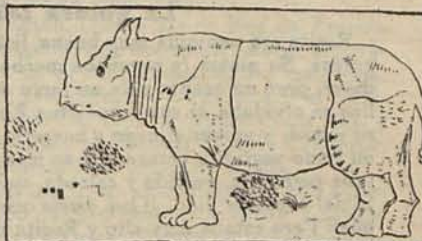


Mi muñeca y mi casita mis dos cosas favoritas.

CONSUELITO CALVO.

Diez años. Madrid.

12. D. Serie B.

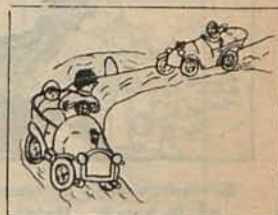


Rinoceronte.

EDUARDO ESTIRADO.

Doce años. Madrid.

13. D. Serie B.



Mis hermanitos en las carreras.

FELICIANO ANDRÉS.

14. D. Serie B. Once años. Madrid

### Premio a la obediencia.

Era un día espléndido en que Juanito salió al campo, y después de jugar toda la tarde, volvía a su casa y se encontró una viejecita, que le dijo cariñosamente:

—Juanito, ¿quieres darme el brazo para que pueda andar mejor?

—Sí, señora.

Echaron a andar, y a mitad del camino paró la viejecita y el niño le dijo:

—¿Qué le pasa?

—Que ahora me acuerdo que no me puedes acompañar más tiempo, pues vives lejos y tardarías en llegar a tu casa; pero veo que eres un buen niño y te quiero hacer un regalo. Es una cajita que no abrirás hasta que muera tu mamá o tu papá.

Y diciendo esto se alejó.

El niño estuvo a punto de abrirla; pero su obediencia venció a la curiosidad, y guardando la caja, siguió su camino.

Al llegar a su casa se la entregó a su mamá y contó lo que le había ocurrido.

Al poco tiempo murió el papá, y acordándose el niño de lo que le dijo la viejecita, corrió a la cajita, la abrió, y con gran sorpresa vio que volvía su padre a la vida.

Pasó tiempo, y un día que Juanito iba al colegio le detuvo otra viejecita, que le dijo:

—Juanito, te felicito; eres un niño obediente, y a esta buena cualidad debe la vida tu padre y tú también; aquella vieja era la Muerte, que quería vuestras vidas, que se las hubiese llevado si tu curiosidad te hubiera hecho abrir la cajita; pero como obedeciste, yo, que soy la Vida, cambié la cajita, y a eso debéis el estar vivos. Puedes estar orgulloso: esto supone tu respeto y obediencia a las personas mayores.

6. C. Serie B.

CARLOS RAMALLO.

Once años.

### Agradecimiento.

Manolito vivía con sus papás en una casa de campo próxima a Segovia, y no lejos de allí habitaba su amigo Antonio, a quien aqúel visitaba todos los días.

Había en dicha granja infinidad de animalitos, y entre ellos estaba *Hércules*, precioso chotillo a quien Manolito quería mucho, y todos los días se divertía con él dándole de comer.

Un día el chotillo mató a un pollito que, en unión de sus hermanos, corría siguiendo a la madre. Dióle un pisotón, y el pobre pollito no volvió a decir «ni pio». La madre del animalito, indignada, se tiró al animal con intención de dejarlo tuerto; pero Manolito logró cogerla, exponiéndose a unos cuantos picotazos, y evitó a *Hércules* un mal rato.

Pasaron dos años. Manolo estaba ya en Madrid estudiando el grado, y aquel verano fueron a pasarlo a su casa de campo.

Una tarde iba de paseo con sus padres cuando, queriendo coger una mariposa, se internó en el monte, y por fin la cogió; pero cuando quiso volver donde estaban sus padres, ya no supo. Desesperado, empezó a llorar y a llamarlos; pero nadie respondió a sus voces. Se hizo de noche, y ya sin fuerzas, se sentó en una piedra y se quedó dormido.

De pronto se despertó sobresaltado: junto a él había un toro enorme. Sin esperanza ninguna de salvarse, se encomendó a la Virgen. Y cuál no sería su sorpresa al ver que el animal, lejos de hacerle ningún daño, le lamía las manos. Después se echó en el suelo y esperó a que se subiera sobre él, llevándole a La Granja, desde donde avisaron a su familia —la que ya estaba asustadísima, como puede suponerse—, que le recibió con la natural alegría.

Así pagó *Hércules* —pues no era otro aquel torazo enorme— el bien que le hizo al evitarle los picotazos de una madre desesperada. Siempre debemos ser agradecidos, como lo fué *Hércules*.

7. C. Serie B.

LUIS GUIJARRO.

Diez años. Madrid.

15. D. Serie B.

### La princesa Mariposa.

Aquel día en el reino de Mariposilanda había grandes festejos porque había nacido la princesita Mariposa, hija del rey Mariposalión y de la reina Mariposalinda.

El hada de las rosas, su madrina, le hizo los regalos de la belleza, la virtud, la bondad y la gracia; pero una bruja muy mala y muy fea, que odiaba al rey, le dijo que cuando cumpliera los veinte años un monstruo la devoraría.

Todos se echaron a llorar, y hasta Mariposita, que estaba en una cuna de terciopelo y seda jugando con su primo, el principito Lirio, se echó a llorar también.

Pero el hada de las rosas dijo así:

—El monstruo no devorará a Mariposa, porque un príncipe le matará. Ese príncipe tiene ahora tres años; para cuando tenga veintitrés vencerá al monstruo y se casará con la princesa.

Y diciendo esto, desapareció, dejando tras de sí un suave olor a rosas.

o o

Pasaron veinte años. El monstruo apareció, y el príncipe, que no era otro que Lirio, se puso en camino para matarle. Llegó a la cabaña donde vivía el monstruo, que era una especie de dragón con cola de hiena, cuerpo de león, patas de tigre y cabeza de dragón.

Al ver al príncipe se abalanzó sobre él con la boca abierta; pero Lirio le hundió la espada en el pecho y el dragón cayó muerto.

El príncipe volvió victorioso al palacio, donde fué recibido con vítores y aplausos.

Al mes siguiente se casaron Lirio y Mariposa y fueron muy felices.

8. C. Serie B.

M. T. U.

### El caballito misterioso.

Pues, señor, esto era en un pueblecito llamado Matsuyama.

Vivía un matrimonio que tenía dos hijos. Al mayor le llamaban Fortunato, y al pequeño, Edmundo. Tendría unos quince años, y fué preciso que buscara trabajo, porque ya no tenían para comer.

Iba muy triste por el camino cuando se le apareció una vieja, que le dijo:

—¿Por qué estás triste?

Y entonces Edmundo se lo refirió. La viejecita se sonrió y le dijo:

—Veo que eres buen hijo y te voy a revelar un secreto. Cuando vayas a acostarte esta noche, levanta un ladrillo que está en el ángulo derecho de tu cuarto. Al levantarlo encontrarás un caballito muy pequeño; cuando necesites alguna cosa, se la pides a él.

Dicho esto desapareció la vieja, que era un hada.

Cuando Edmundo llegó a casa hizo lo que le dijo el hada.

Fueron los más felices de la tierra; y parte de las riquezas las emplearon en obras de caridad.

9. C. Serie B.

CARLOS T. CAMACHO NAVARRO.

Once años. Guayaquil.



Un cuadro del Museo.

V. LATORRE.

Catorce años. Mad.





Maria, no me des este cuchillo, que está sucio.

9. H. Serie B. ROSA, C. MARIN.—Puerto Rico.



No puede ser. Ahora mismo acabo de partir el jabón.

ROSA, C. MARIN.—Puerto Rico.



La casita de Pinocho.

46. D. Serie A.



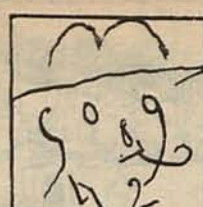
—Si se quema azufre, ¿qué ocurrirá?  
—Que se formará un olor que tendremos que salir fuera.

47. D. Serie B.



Mirad qué gordura.

48. D. Serie B.



La cabeza de números.

49. D. Serie B.



Erráquin, visto por Guilleneu.

50. D. Serie B. Madrid.



El padre.—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.  
El niño.—Pues cuando llegue a casa me como los postres de mañana.

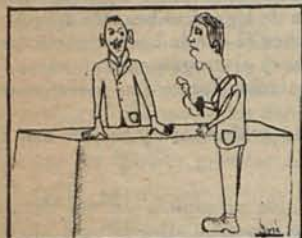
52. D. Serie B.



—¿Vive aquí el señor escalera?  
—Ahora mismo acabo de bajarlo.

CRISTINA R. DE LA CUESTA.

54. D. Serie B.



—Deme usted un cuchillo de esos que se comen.  
—¿De los que se comen?  
—Sí, señor; ¿no pone usted en el escaparate «cuchillos para comer»?

56. D. Serie B. Doce años. Sevilla.



Mi amiga Maria.

58. D.



Un payaso.

59. D.



Oiga, ¿me hace usted el favor de decirme si esta peseta es falsa?

61. D. Serie B.



Torcuato va de paseo.

62. D. Serie B.

### La golosa castigada.

Rosita era una niña muy buena, lista y obediente; pero Rosita era golosa. Su mamá la regañaba muchas veces. Ella proponía enmendarse, pero en cuanto veía un tarro de miel o un paquete de tociniños se olvidaba de sus propósitos. Una mañana había salido a misa su mamá, y volvería luego a buscarla para ir a paseo. Rosita se puso un lindo vestidito blanco que su madrina le había regalado; ya estaba peinadita, vestida y calzada, cuando al pasar frente a la puerta del comedor vio... ¿Qué diréis que vio? ¡Miel, un tarro lleno de miel! Pero estaba muy alto y Rosita no alcanzaba a cogerlo. Con la ayuda de una banqueta, que ella usaba para coser, logró apoderarse del tarro, y cuando ya lo tenía entre las manos, se entornó la banqueta y la niña cayó, haciendo un ruido espantoso.

Su mamá, que acababa de llegar, corrió a consolar a la nena, que lloraba, pero al enterarse del motivo de la caída se enfadó mucho y le dió dos azotes muy fuertes.

Rosita, desde aquel día, ya no es golosa, porque comprendió que aquello había sido un castigo de Dios y porque sintió mucho el golpe. Además, el vestidito blanco, tan lindo como era, se manchó de miel, y por mucho que hicieron no fué posible quitar la mancha.

Las niñas buenas no deben nunca de coger las cosas sin permiso de su mamá, y si lo hacen, más tarde o más temprano, recibirán su castigo.

18. C. Serie B.

AMALITINA LLANOS.

Oviedo.

### Enrique el envidioso.

Era un matrimonio que tenía dos hijos, uno llamado Enrique, muy envidioso y de malos instintos, y otro llamado Pepito, muy bondadoso y muy bueno. Este siempre sabía sus lecciones, mientras que el otro era al contrario; siempre estaba castigado; cuando salía de la escuela formaba partidas para meterse con la gente que pasaba, le ponía colgajos en las espaldas, peleábase con otros chiquillos del barrio, les amarraba a los perros latas en el rabo; en fin, mil diabluras, todas como esas.

Llegó el día de los exámenes en el colegio, y Pepito ganó los primeros premios; en cambio su hermano, por desaplicado, no se llevó ninguno; éste tomó mucha envidia a su hermano.

Cuando llegaron a su casa, a Pepito le compraron un balón (pues era muy aficionado al fútbol) y un reloj, mientras que a Enrique le riñeron y lo dejaron sin comer el postre (que eran natillas, cosa que le gustaba con delirio). Desde entonces, no sólo no podía ver a su hermano, sino que se propuso vengarse.

Un día en que iban a jugar un partido de fútbol, se metió en su cuarto para hincharlo, y se dijo para sí: ¡ésta es la mia!; y empezó a meterle pesas revueltas con algodón, hasta llegar a meter casi un kilo, descosiendo un poco algunas costuras del balón.

Hecho esto, pensó darle las primeras patadas al empezar el juego, y tirarle a su hermano la pelota, hasta que estallara y le dieran las pesas en la cabeza; pero el tiro le salió por la culata, porque empezado el juego, cayó en falta el balón, y al sacarlo el portero, estalló, y como el balón venía por alto, todas las pesas le vinieron a dar en la cabeza a Enrique, el cual cayó al suelo con dos o tres heridas.

Después, estando en cama, Enrique le dijo a su padre lo que había hecho, y le pidió perdón; el padre llamó a Pepito, al que también Enrique le pidió perdón, diciendo que lo quería mucho, y que jamás pensaría nada malo contra nadie, y menos contra él.

Desde entonces fueron un modelo de hermanos, con muchísimo contento y alegría de sus padres.

19. C. Serie B.

RAFAEL NARBONA.

Doce años. Córdoba.

### El conejito salvador.

Érase una viuda que tenía una hija que se llamaba Rosalía. Un día fué al campo, y llegó la noche y la niña no volvía.

La madre se asustó mucho y se fué a buscarla. Mientras tanto la niña, andando, andando, se había perdido, y ya tarde se había encontrado un viejecito que le preguntó qué hacía, y ella, que le gustaba mucho reírse de la gente, le dijo que se había ido de su casa y no pensaba volver.

Entonces el viejo le dijo:  
—Vente conmigo.  
Y la llevó al bosque y allí la dejó.

La niña tuvo que dormir en el bosque, y a la mañana siguiente vino un conejito que le dijo que si quería ir a salvar a un Príncipe que le había cogido una bruja y quería matarle.

La niña dijo que sí y la llevó bosque adentro. Al llegar a una plazuela vio al Príncipe, que estaba en un círculo y no podía moverse.

Cuando vino la bruja, la niña le dijo:  
—Déjeme a mí en lugar del Príncipe.

La bruja accedió, y entonces el Príncipe quedó libre y se abalanzó sobre la bruja y la mató.

El Príncipe y Rosalía se fueron al palacio del Rey, se casaron y fueron muy felices.

20. C. Serie B.

CARMEN DEL BUSTO Y DEL BARCO.

Doce años. Madrid.



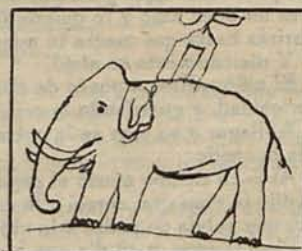
¡Al agua!

51. D. Serie B.



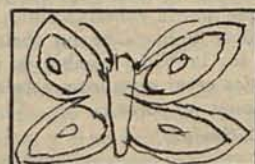
Un partido.

53. D. Serie B.



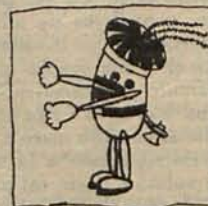
Elefante.

55. D. Serie B.



Mariposa.

57. D. Serie B.



Chapete.

60. D. Serie B.



La mamá y la niña.

63. D. Serie B.

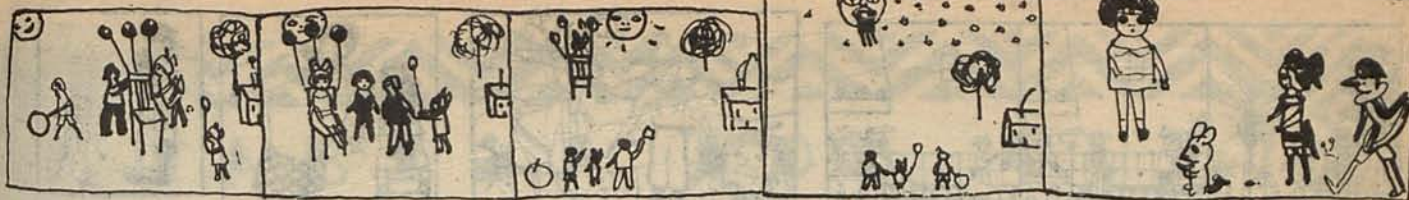


—¿En qué se parece este techo a un cohete?

—Pues en que estalla arriba.

64. D. Se. A.





Rosita y sus hermanitas  
atan a una silla unos globitos.

Entonces se sienta Rosita  
y empieza a subir la sillita.

Ricardo le da el adiós  
y también los otros dos.

Entonces se traga la luna a  
y a los globos y a su sillita.

Y Rosita se alegra al ver en la luna  
[Rosita a sus amigos Pinocho y Pirula.

MARGARITA VALLVÉ.—Doce años. Madrid. 2. H. Serie B.



Arturo, no vayas tan de prisa, que mamá  
no quiere pasar de los ochenta.

33. D. Serie B.

JULIO JACINTO.



Mi muñeco favorito.  
MAGDALENA G. SANCHIZ.

35. D. Serie B. Once años. Madrid.



—¡Y tener que estar aquí preso,  
habiendo quien venda la libertad  
por diez céntimos!

LUIS SÁENZ.

37. D. Serie B.

Doce años. León.



—Oye, Cuatropelos, ¿en  
qué se parece un caballo a  
una pareja de seguridad?  
—En que tiene cascos.  
LUIS HALCÓN.

39. D. Serie B. Sevilla.



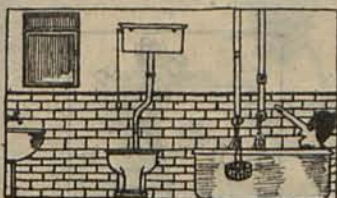
Don Turula-  
to, por ESTE-  
BAN GETE.  
San Sebas-  
tián. 40. D.  
Serie B.



—¿En qué se parece un profesor a  
una estufa?  
—En que calienta.

MANUEL ORDOVAS.

42. D. Serie B. Doce años. Guadalajara.



Pinocho se baña en agua perfumada.

JESÚS G. DE RIVERA.

44. D. Serie B.

Doce años. Valladolid.

### Las manzanas del Rey.

Se trata de una antigua cuestión. Dicese que un Rey de Francia ensayaba con manzanas la perspicacia de sus embajadores. Mostrá- bales un plato lleno de arena, en el cual asomaban dos manzanas. —¿Cuántas manzanas hay?, preguntaba, y al contestarle el inter- pelado, decía que veía dos. —¡No hay tall, le contestaba el Rey, y levantando una de ellas mostrábele que faltaba la mitad; es decir, que la porción que parecía hundida en la arena no existía.

—Me precipité. ¡No hay más que una! —Y os habéis vuelto a pre- cipitar, añadía el Rey, a tiempo que separaba de la arena la segun- da manzana, y aparecía entera a los ojos del engañado diplomático.

JOSÉ CAJAL.

Nueve años. Zaragoza.

14. C. Serie A.

### De campesinos a condes.

En la provincia de Valencia habitaba una campesina familia, compuesta del padre, llamado Clemente; la madre, Concha, y dos hijos: Andrés y Francisco.

Un día en que el padre estaba construyendo un puente, se rom- pió una viga, y D. Clemente cayó al río; se mantuvo mucho tiempo a flote, pero todo fué en vano, porque se ahogó. D. Concha, al oír la desgraciada aventura, cayó enferma.

Sus hijos, que todavía eran pequeños, se pusieron a trabajar. Los médicos curaron la enfermedad de D. Concha. El dinero que habían ganado Andrés y Francisco se lo dejaron a D. Concha, y ellos se marcharon a América. Al año justo volvieron con un capital de un millón de pesetas.

La madre fué a recibirlos muy contenta al puerto.

Dos bellísimas condesas se enamoraron de Andrés y de Francis- co. A los dos meses se celebraron las bodas, con mucho postín. D. Concha vivió con ellos y vivieron muchos años felices, yendo a bailes y festines reales.

LUIS MIGUEL.

Once años. Madrid.

15. C. Serie B.

### La estatua de piedra.

Aquella estatua de piedra que había en el monte, cerca del cas- tillo de cristal, y que representaba a un príncipe, nadie sabía por qué estaba allí, hasta que un día llegó a la aldea una princesa muy guapa, que se llamaba María Luisa, en busca de un príncipe que arriesgó su vida...

Al día siguiente de llegar la princesa, subió al castillo seguida de su séquito, y al entrar vió en el suelo un zapato del príncipe y al lado una muñequita, que en tiempos la quiso la princesa porque había oído decir que al que tuviera en su poder la muñeca podía saber todo lo que quisiera.

La princesa se arrepintió de haber tenido aquel capricho, que costó la vida a su prometido; cogió el zapato y salieron del castillo.

María Luisa, al ver a la estatua, la abrazó emocionada, y al mo- mento se deshizo el encanto, pues el príncipe apareció en persona.

El príncipe, tomando la palabra, les dijo: —Por desobediente, me he convertido en estatua de piedra.

Ya salía con la muñeca, cuando oí una voz que me dijo: —Deten- te, príncipe; ve a llevar la muñeca al castillo si no quieres conver- tirte en estatua de piedra.

La llevé, pero luego quise cogerla y se me quedó un zapato pe- gado en el suelo. Entonces eché a correr; pero queriendo volver al castillo, me convertí en estatua.

Se fueron al palacio de la princesa, donde estaba el rey, su padre, y se casaron, viviendo felices hasta la muerte.

FRANCISCO CABALLERO PAREDES.

Nueve años. Madrid.

16. C. Serie A.

### El castigo merecido.

Arturo era un niño muy malo que siempre hacía travesuras.

Tenía una hermanita llamada Carmencita. Era muy buena niña, y siempre decía a Arturo:

—No hagas tantas travesuras; un día Dios te castigará.

Un día estaban jugando los dos en el jardín y Carmencita oyó que la llamaban, y creyendo que era su mamá, dijo: «¿Qué manda, mamá?» Mas en el momento oyó una vozecita pequeña, que no era de su mamá, que parecía la vozecita de un angelito, y le dijo que su hermano sería castigado.

En la noche del mismo día entraron ladrones en la casa y en se- guida penetraron en el cuarto de Arturo y Carmencita; los dos es- taban dormidos, y los ladrones se precipitaron a coger a Arturo. A Carmencita la dejaron al verla tan bonita.

Desde entonces Arturo no apareció más; sus padres y Carmenci- ta lloraron mucho, hasta que un día se apareció un ángel y le dijo: —Carmencita, no temas; mañana te traeré a tu hermanito.

Al cabo de un día llevó a Arturo a su casa. Al verlo sus padres lloraban de alegría, y su hermanita le dijo:

—¿Ves cómo yo te decía que serías castigado por Dios?

Desde aquel día Arturo fué muy bueno, dócil y obediente con sus padres y muy cariñoso con su hermanita.

MERCEDES SOLER.

Nueve años. Barcelona.

17. C. Serie A.



El ratoncito Pérez.

MARCELO SÁNCHEZ.

34. D. Serie A. Nueve años.



Cerdina en bicicleta.

MARCELO SÁNCHEZ.

36. D. Serie A. Nueve años.



Mi gallina.

ADELITA BERNABEU.

38. D. Serie A. Siete años. Madrid.



Una pastora.

LUISA VILLAMIL ESFUÑOS.

41. D. Serie B. Diez años. Madrid.



—¿Recuerdas aústed qué frases  
causaron la pelea?  
—Elacuzado.—No fueron fra-  
ses, sino fresas.

FRANCISCO MOLINA.

43. D. Serie B. Once años. Córdoba.

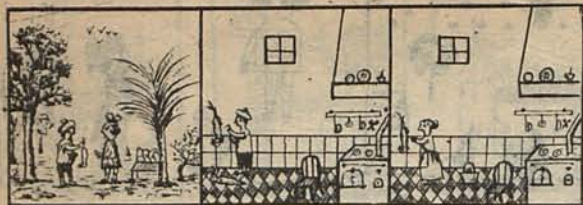


—Oye, Pepita, ¿por qué come tan  
poco tu mamá?  
—Porque dice que hay que conser-  
var la línea.  
—Pues mi mamá no conserva más  
que los tomates.

JESÚS F. DE RIVERA.

45. D. Serie B. Valladolid.





Pepito y Margarita, que son niños muy traviesos, se ponen de acuerdo para dar una broma pesada a Jesusa, su cocinera.

1. H. MARÍA LUISA GONZÁLEZ TEULÓN. Serie B. Once años. Los Molinos (Cartagena).

Aprovechando Pepito que Jesusa ha ido al mercado, entra en la cocina y cambia una liebre por un gato muerto que encontró en el jardín.

Cuando vuelve Jesusa y se dispone a desollar la liebre nota con sorpresa el cambio de animales, y comprendiendo que es cosa de los niños lo cuenta a su señora, que los castigará a no comer postre.



Contra Pinocho, Chapete siempre se mete. Mas del rancho un valeroso aparece, que al orgulloso Chapete pone en un breté, y Pinocho, siempre noble, lo agradece.

SANTIAGO CABEZAS. 16. D. Serie B. Trece años. Barcelona.



—Niña, no llores; si no, cuando seas mayor serás muy fea.

—Entonces, usted de pequeña habrá llorado mucho.

IRENE DE QUESADA. Doce años. Valencia.



—Don Turulato, ¿por qué cuando los músicos van por la carretera no tocan?

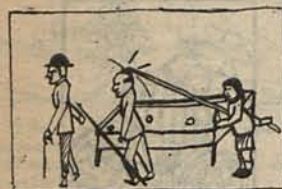
—Porque están cansados.

—No, señor; porque en unos palos hay unos letreros que dicen: NO TOCAR; PELIGRO DE MUERTE.

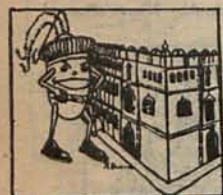
RARAEEL MARTÍN. 18. D. Serie B. Diez años. Manuel.



Descubrimiento de la electricidad. 19. D. PEPE CLEMENTE. Serie B. Once años. Marín.



—¡Bruto! ¡Que me has hecho daño! —Dispensa, hombre...; es que como parece tu cabeza una bola de billar... 21. D. Se. B.



Chapete y la reina Comino. HILARIO BÁRCENAS. Doce años. Asturias. 23. D. Serie B.



Pinocho de frac. PEDRO MUÑOZ. Catorce años. Albacete. 24. D. Serie B.



Desembarco de Pinocho en Madrid. RICARDO ARELLANO. 26. D. Serie B. Sevilla.



—¿De dónde vienes? —De niño. —¿Adónde vas? —Hacia viejo... JULIO ALDEGUER. 28. D. Serie B. Trece años. Manila.



Vendedor de mandarinas en Pekín. ENRIQUE LATAILLADE AISA. Once años. San Sebastián. 30. D. Serie B.



Una dama del siglo xv. PEPITA VALLVÉ. Catorce años. Madrid. 31. D. Serie B.

## No olvides a los pobres.

Pues, señor: En un pueblo muy lejano, de cuyo nombre no me acuerdo, y en una casita muy retirada de la población, vivía un matrimonio con una niña, la cual llamábase María y era muy caritativa. Sus papás le regalaron un bonito vestido de seda el día de su santo.

Una tarde salió la niña de paseo con la criada y se encontraron con una pobrecita niña que les pidió limosna, y Marujita le dijo:

—Vente conmigo a casa y le pediré permiso a mamá para regalarte el vestido.

Marcharon las niñas juntas hasta su casa, y cuando llegaron le pidió permiso a su mamá, que muy gustosa le dijo que sí, y para premiarla le regaló otro más bonito, diciéndole:

—No olvides nunca a los pobres, hija mía, y Dios te dará el ciento por uno.

MARÍA LUISA REVERTE. Doce años. Madrid.

10. C. Serie B.

## Los niños del cortijo.

Había en un pueblo de Sevilla un matrimonio muy pobre que estaba en un cortijo de caseros. Tenía tres niños: Pepe, Jesús y Rafael.

Los amos del cortijo fueron a pasar una temporada. También llevaron a sus hijos. Estos jugaban con los pobrecitos del guarda, a los que trataban con orgullo y desprecio por verlos tan pobres.

Los niños lloraban en alguna ocasión por la crueldad con que eran tratados, y su madre les dijo que no había más remedio que perdonar esas injurias, porque nadie debe ser rencoroso.

Un día, al pasar por un arroyo, cayó uno de los niños de los señoritos, con grave peligro de que fuese arrastrado por la corriente. Y allí fué el llorar y el pedir a los otros que lo amparasen.

Sus hermanos no se atrevieron a ello; pero el mayor de los niños pobres, Pepe, se arrojó al agua y lo sacó, con peligro de su vida.

Entonces comprendió el orgulloso lo injusto que había sido, y quedó admirado de ver cómo le había pagado el mal con un bien tan grande.

Los señores obsequiaron a los guardas y a sus hijos, y ni que decir tiene que le dieron a Pepe muchos dulces y juguetes.

JOSÉ MONTOTO. Ocho años. Cádiz.

11. C. Serie A.

## Cómo se corrigió una niña.

Una vez había una niña, llamada Rosita; ésta era muy desobediente, y si su madre o algún vecino la hacían trabajar, ella les respondía: «No quiero.» De ahí vino que no supo nunca hacer nada.

Pero sucedió que cierto día su madre enfermó y, a consecuencia de ello, murió, dejando sola a su hijita. Como Rosita careciera de instrucción, necesitó pedir limosna para poder vivir.

Siempre que veía alguna casa, llamaba a la puerta; pero siempre una voz áspera le respondía: «¡No quiero darte limosna y largate de aquí!»

¡Cuánto sufría Rosita! La única persona que la quería era una pobre mujer que no tenía ni donde albergarla, pues su casa era muy chiquita. Fué Rosita a casa de esta señora y le dijo:

—¿Sería usted tan buena que me dijera por qué nadie me da ni un pedazo de pan?

—Es, querida niña, que tú has sido muy mala con ellos, y ahora, viendo el momento de vengarse, lo hacen.

Entonces, Rosita dijo: —Me corregiré de lo mala que he sido.

Y así fué.

NOEMÍ E. TOULOUSE. Nueve años. Buenos Aires.

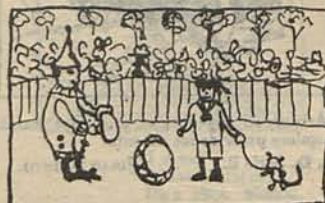
12. C. Serie A.

## Cariños que matan.

Pues, señor: Este era un hombre que desconfiaba de todos sus semejantes y se fué a vivir al campo; pero como es necesario amar, se encarió con un oso, y juntos vivían, comían y dormían en una cueva. Pero ocurrió que una tarde de esas muy calurosas de verano tendióse el hombre fuera de la cueva, a la sombra de unos árboles, cerca de un arroyo, y el oso, que no tenía sueño, se colocó a su lado. En esto un escarabajo se subió en la frente del hombre, y el oso, indignado, exclamó: «¡Hase visto tal atrevimiento! ¡Molestar así a quien tanto quiero! ¡Lo has de pagar!» Y cogiendo una enorme piedra aplastó al bicho y también la cabeza del que tanto quería.

El entendimiento es necesario para todo, hasta para querer. MARÍA DE LAS ANGUSTIAS ZÁRATE RUIZ DE OBREGÓN. Doce años. Tetuán.

13. C. Serie B.



—A ver, Pepito. ¿Cómo harías tú desaparecer este huevo?

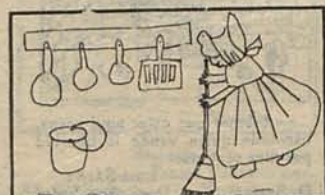
—¿Yo?... Pues... comiéndomelo.

CARMEN GARCÍA ALONSO. 20. D. Se. B. Trece años. Portolín.



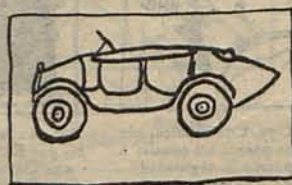
Muerte de Jesús.

PEPE CLEMENTE. 22. D. Se. B. Once años. Marín.



La cocina de Pirula.

MERCEDES PUERTO. 25. D. Serie B. Diez años. Jerez.



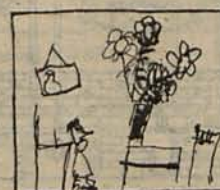
El Citroën de Pinocho.

FRANCISCO MOLERO. 27. D. Se. B. Diez años. Palma del Río.



El colmo de una cocinera: Es hacer un arroz pa... ella.

BENITO MIGUEL AYUSO. 29. D. Se. B. Quince años. Barcelona.



Mi casa.

CARLOS ALBERTO THIEBAUT. 32. D. Se. A. Seis años. Madrid.



# ¿SABÉIS POR QUÉ?

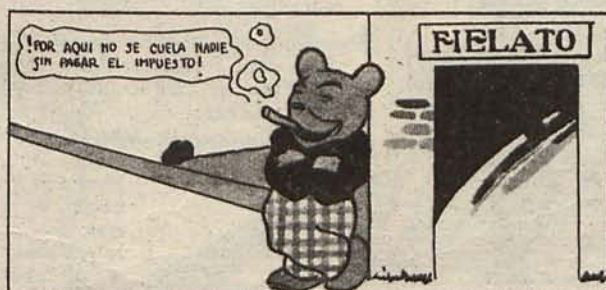
## ¿POR QUÉ NO SE GASTAN LAS PLANTAS DE LOS PIES LO MISMO QUE LAS SUELAS DE LOS ZAPATOS?

El mejor procedimiento para economizar sería, sin duda alguna, no comprar zapatos y andar descalzo, sin cuidarse del qué dirán. Porque es verdaderamente sorprendente que nos procuremos unas botas o unos zapatos que siempre, indefectiblemente, han de romperse, en tanto tenemos en las plantas de nuestros pies las suelas que no se desgastarán nunca y que, además, no nos costaron ningún dinero. Alguien preguntará por qué no se gastan las plantas de los pies como las suelas de los zapatos. Y yo les digo: las botas y los zapatos están formados por tejidos muertos que han perdido, por consiguiente, la facultad de crecer, no pudiendo reemplazar por sí mismo las partes que se gastan por rozamiento. Nuestros pies, en



cambio, están vivos, están hechos de una sustancia viva, de tejidos vivos, y el ejercicio, el rozamiento, el trabajo en general de los pies, lejos de disminuir el tamaño de nuestras plantas, lo aumenta. Si a los tejidos vivos se les priva de ejercicio, no crecen. Si a los tejidos muertos —las suelas, por ejemplo—, se les priva de ejercicio, no disminuyen. Existe, como veis, una profunda diferencia entre las cosas vivas y las muertas. Las botas y los zapatos se gastan porque están muertos, mientras que los pies crecen porque están vivos. Y ya que los pies están tan vivos, no deberíamos reemplazarlos por muertos, como son los zapatos, botas, sandalias, alpargatas, etc., etc., si queremos economizar.

## HAZASAS DEL RATON DON ROQUESSO





# El Teatro de Pinocho

## PINOCHO, PIRULA Y EL SEÑOR POLICHINELA

COMEDIA BUFA REPRESENTABLE

(Continuación.)



Por el suelo se ven aeroplanos, automóviles y trenes de juguete. Colombina está sentada en el fondo y lo mira todo con asombro y admiración.

A la derecha, en primer término, está la máquina, que consiste en un tripe de esos que sirven para soportar macetas, sobre el cual aparece un molinillo de café, colocado de lado, con el mango atrás; en su parte delantera lleva, torpemente atado con cuerdas, un bote vacío, que constituye el objetivo.

**PINOCH.** Disfrazado de operador. Vamos a impresionar la primera parte de la sensacional película en quince episodios, divididos en noventa y cuatro partes, titulada *El descarrilamiento del rápido directo Nueva York-Petrogrado o Una inundación en el desierto del Sahara*.

**PIRULA.** A las órdenes del señor operador.

Pirula descuelga el cuadro que representa la vía y lo coloca sobre una mesa; encima pone un tren de juguete. Luego descuelga el cuadro que representa un bosque y lo pone detrás, y mientras que Pinocho le da rápidamente vueltas a la manivela del molinillo, Pirula hace ir y venir el cuadro detrás del tren de derecha a izquierda, de izquierda a derecha.

**PINOCH.** Con mucha agitación. Más velocidad... Vamos al descarrilamiento. ¡Venga!

Bruscamente Pirula deja el cuadro y vuelca el tren.

**PINOCH.** Dejando la máquina y apartándose con gran entusiasmo y alegría. ¡Magnífico! Esta escena ha salido muy bien, con una sensación de realidad, prodigiosa.

Colombina ha contemplado la escena con visibles muestras de desilusión; Pinocho y Pirula, que la observan con el raballo del ojo, fingen no verla.

**PINOCH.** Llama con una seña a Pirula al primer término derecha y la habla a media voz, sin que les oiga Colombina. ¿Qué te ha dicho?

**PIRULA.** ¡La infeliz se hace unas ilusiones!

Ya se considera «star» de primera magnitud. ¿Está todo dispuesto?

**PINOCH.** Sí, todo, todo está dispuesto.

**PIRULA.** Casi me da pena de ella.

**PINOCH.** No hay por qué; lo hacemos en bien suyo, para quitarle de la cabeza esas locuras peluculescas y vuelva a ser una niña sensata y aplicada, que es la única manera de hacerse más tarde mujer de provecho.

Además, puesto que no se trata más que asustarla, sin que esto ofrezca peligro ninguno...

**PIRULA.** Tienes razón, como siempre, Pinocho.

**PINOCH.** Avisala ya.

**PIRULA.** Se acerca a Colombina, que se levanta con impaciencia, y afecta el acento italiano del acto anterior. Señorina, acuérdesse que una «star» verdadera debe sabere de todo y no tenerle miedo a nada.

A todo lo que la pregunten dica siempre que sí.

**COLOMB.** Sí, señora directora. Acompañada de Pirula, se acerca a Pinocho.

**PINOCH.** ¿Usted no tiene miedo nunca?

**COLOMB.** Sí, señor operador.

**PIRULA.** ¿Cómo que sí?

**COLOMB.** ¿No me ha dicho que diga que sí a todo?

**PINOCH.** ¡Ah, bueno, bueno! ¿Usted sabe nadar?

**COLOMB.** Sí, señor operador.

**PINOCH.** ¿Y montar a caballo?

**COLOMB.** Sí, señor operador.

**PINOCH.** ¿Y domar fieras?

**COLOMB.** Sí, señor operador.

**PINOCH.** ¿Y saltar de un aeroplano a un automóvil lanzado a toda velocidad?

**COLOMB.** Sí, señor operador.

**PINOCH.** Veo que posee usted todas las cualidades indispensables para ser estrella de cine. Así, pues, vamos a impresionar en seguida nuestra grandiosa superproducción, la adaptación cinematográfica del célebre cuento «Chapete cazador de cabelleras».

**COLOMB.** Con entusiasmo. ¡Ah, lo he leído! ¡Es precioso!

**PINOCH.** Pues bien, usted interpretará naturalmente el papel de la protagonista, Miss Clary, hija del multimillonario yanqui.

**COLOMB.** Batiendo palmas. ¡Qué alegría!

**PINOCH.** Empezaremos por las escenas en que Miss Clary doma potros salvajes en las praderas de Far-West.

**COLOMB.** Un poquito intranquila. ¡Ah! Y... ¿qué tendré yo que hacer?

**PIRULA.** Pues montar un fogoso corcel, al que usted domará con valor, sangre fría y habilidad.

**PINOCH.** Siendo, como seguramente será usted, como lo son todas las estrellas de cine, una amazona consumada, eso ha de ser para usted tortas y pan pintado.

**COLOMB.** Cada vez más preocupada y mordiéndose la uña del pulgar. Claro..., claro...

**PINOCH.** ¡Que pase el potro salvaje! Saca un pito de su bolsillo y lanza un pitido agudo.

La puerta se abre y el «potro salvaje» aparece. Su aspecto, sin embargo, no es muy fiero que digamos. Lo forman dos niños, en quienes el papel no requiere excepcionales facultades artísticas. Uno va delante y sus pies figuran

las patas delanteras; las patas traseras estarán constituidas por los pies del que va detrás. Las manos de estos dos actoritos sujetarán una tabla que mantendrán sobre sus cabezas y que forma el lomo del caballo; pero esto es solamente para nosotros que estamos en el secreto; para el público, la tabla y las cabezas, los cuerpos y todo, va cubierto con una tela que puede ser una colcha y que cae hasta el suelo, a ser posible, terminada por un ancho volante, como aparecen en algunas estampas los caballos de la Edad Media. El niño que va delante llevará, naturalmente, una careta de cartón en forma de cabeza de caballo y el que va detrás llevará la cola cosida a su traje y saliendo por un agujero practicado en la referida colcha. Esto del agujero es uno de los motivos por los cuales aconsejo que se utilice una colcha vieja. Las mamás serán, probablemente, de la misma opinión.

**PINOCH.** Muy serio. Monte usted, señorita.

El caballo debe brincar y relinchar constantemente de una manera fiera y espantosa. Colombina, asustadísima, hace torpemente vanos esfuerzos para izarse sobre la tabla, es decir, sobre el lomo del caballo, a pesar de los movimientos desordenados del brioso corcel.

**COLOMB.** Está..., está... un poco alto...

**PINOCH.** Frunciendo el ceño. Me parece que le falta todavía un poquito de soltura y agilidad. En fin, yo la ayudaré.

La aupa sobre el caballo, que en este momento estará quieto, y en seguida va a la máquina, disponiéndose a darle vueltas a la manivela. Pero en este preciso instante el caballo empieza a saltar con furia, dando traspies, bailando, relinchiendo y, por último, emprende un galope furioso, desapareciendo por la izquierda, mientras Colombina, agarrada con las dos manos, grita con terror.

**COLOMB.** Gritando. ¡Ayl, jay!, ¡ay!, ¡ay! ¡Que se desboca! ¡Que me tira! ¡Ayl, jay!, ¡ay!

**PINOCH.** Lleva un susto horrible, la pobre. Corro a libertarla.

Sale y vuelve al punto, seguido de Colombina, que viene trémula.

**PIRULA.** Señorina Colombina, me temo que esta escena haya salido algo borrosa.

**COLOMB.** Tartamudeando de emoción. Cuan... cuan... cuan... cuanto lo siento... pe... pe... pero, ¿no podíamos filmar otra?

**PINOCH.** Ciertamente. Vamos a la escena en que Miss Clary, libertada por Pinocho de las garras de los pieles rojas, pasa el río por el vado.

**COLOMB.** Respirando. ¡Ah!, sí; esa es muy sencilla; ella va pisando por donde le indica su libertador y llegan a la otra orilla sin incidente alguno.

**PINOCH.** Así ocurre en el cuento, en efecto. Pero el cine requiere emociones fuertes; es preciso que usted se caiga al agua...

**COLOMB.** Horrorizada. ¡Cielos! ¿Caerme al agua yo? ¿Y si me ahogo?

**PINOCH.** No hay peligro puesto que, como buena «star», es usted una gran nadadora. Colombina le mira con susto y perplejidad. Pinocho prosigue: Vamos; allí está el río; yo haré el papel de Pinocho, mientras que la señora directora nos sirve de operador.

Sale por la izquierda y Colombina le sigue haciéndose la remolona. Pirula le da vueltas a la manivela del molinillo.

**VOZ DE PINOCHO.** Fuera. Pise aquí... y aquí...; ponga el pie en aquella piedra... y ahora... caigase al agua...

**VOZ DE COLOMBINA.** Pe... pe... pero...

**PIRULA.** No se supone la pobre que el río no tiene ni un metro de profundidad y, por lo tanto, no corre peligro alguno...

**PINOCH.** Vamos..., tirese...

Se oye el ruido del chapuzón y un grito de Colombina.

**VOZ DE COLOMBINA.** ¡Ayl! ¡Qué frío está! ¡Auxilio, que me ahogo!

**PIRULA.** Me parece que esta vez el susto será provechoso.

Entra Pinocho trayendo de la mano a Colombina, que viene chorreando (basta que le chorree agua por la cara, el pelo y las manos) y tiritando.

**COLOMB.** ¡Ay, señor operador! Si no se arroja usted al agua para salvarme, me ahogo. Empieza a estornudar. ¡Atchiss! ¡atchiss! ¡atchiss! Llorando. ¡Me he constipado!

**PINOCH.** Ahora entrará usted en calor, pues le aguarda para ello un excelente ejercicio: se trata de subir a pulso, agarrada a una cuerda, desde el fondo de un abismo hasta unas rocas lisas, por las que preparará usted, cual una mosca, a una altura de ciento ochenta y cuatro metros y cincuenta y siete centímetros, exactamente...

**COLOMB.** Tiritando y llorando. ¡Yo no hago eso!

**PIRULA.** Fingiéndole gran sorpresa. ¿Cómo que no? ¿X... la película?

**COLOMB.** ¡Me importa un rábano la película! ¡Yo no trepo por una cuerda salvaje, ni domo ríos, ni me arrojo a una roca de agua.

**PINOCH.** Aguantando la risa. Sin embargo, para ser una «star» de cine...

**COLOMB.** Exasperada. ¡Yo no quiero ya ser nada de todo eso! Me quiero ir a mi casa a jugar con mis muñecas; quiero ir a la escuela del señor Polichinela a estudiar. Me voy; ¡me marchó de aquí!

(Continuará en el número próximo.)